



CORRESPONDENCIA

ASIA MENOR

Una Misión de los Padres Agustinos de la Asunción en Koniah

El R. P. Clemente, de los Agustinos de la Asunción, nos escribe desde Koniah el 18 de Mayo de 1896:

PERMITID á un pobre misionero del centro del Asia Menor que venga á pedir á los lectores de *Las Misiones Católicas* algún auxilio para que podamos terminar las obras de Dios en este país.

Hace apenas tres años que fué fundada la Misión de Koniah. Los católicos de esta ciudad se hallaban sin pastor, y vivían como ovejas perdidas en medio del elemento musulmán y cismático. Así apenas nos instalamos en esta porción de la viña del Señor, fundamos las obras oportunas para atraer á católicos y disidentes. Una miserable casucha, donde llueve como en la calle, sirve de lugar de reunión á nuestros fieles, el domingo para asistir á la Misa, y entre semana para recibir la instrucción necesaria los desheredados de la ciencia. A las ceremonias religiosas, á pesar de lo incómodo del local, asisten con mucha asiduidad tanto los católicos como los cismáticos. Se nos acercan todos con gusto, cuando hace poco tiempo no se quería oír hablar de los latinos. Con las escuelas nos atraemos la juventud, y así disipamos muchas prevenciones y obramos el bien.

A juzgar por la marcha de las cosas, diríase que Dios nos tiene aquí reservados grandes consuelos. Una mujer griega ha entrado en el gremio de la Iglesia católica, y un alumno cismático de nuestra escuela pide seguir los estudios para el sacerdocio.

Cuando nos instalamos aquí, los católicos carecían de cementerio, y al morir uno de ellos veíanse obligados á pedir algunos palmos de tierra á los cismáticos, quienes se mostraban muy exigentes y sólo accedían mediante una cantidad algo crecida: si la familia no era suficientemente rica para subvenir á todos los gastos, tenía el dolor de ver rechazar el cadáver en la puerta del cementerio. Pasaron ya por fortuna aquellos tiempos, y

Año IV.— N.º 84



ILMO. MEURIN, S. J., arzobispo de Puerto Luis. (Pág. 288)

gracias á la benevolencia de las Autoridades locales, hemos podido obtener un vasto terreno para nuestros muertos. Trátase ahora de nivelarlo y cerrarlo con una tapia. Desdichadamente nuestra caja está completamente vacía, y si las almas buenas no acuden en nuestra ayuda, no sé cómo podremos llevar á cabo nuestra tarea.

No se limitan aquí nuestros propósitos, pues como estamos en excelentes relaciones con los empleados del Gobierno, queremos aprovechar su amistad para avivar el culto de San Pablo y Santa Tecla. Al efecto hemos resuelto hacer todo lo posible para erigir una magnífica iglesia en honor de estos dos Santos, en los lugares mismos donde padecieron por Nuestro Señor Jesucristo.

No dudo, señor Director, que vuestros lectores corresponderán á nuestro llamamiento en favor de nuestra Misión, pues conocidas son la abnegación y generosidad de la católica España.

Damos las gracias de antemano, y prometemos en cambio las oraciones de la Comunidad.

Las limosnas pueden enviárenos directamente, ó por medio del R. Padre Ambroise, rue François I, 8, París.

Recibid, señor Director, la expresión de mi más profunda gratitud en Nuestro Señor,—P. CLEMENTE, de los Agustinos de la Asunción.

TURQUÍA ASIÁTICA

Los subbas

El R. P. Fr. Pedro de la Madre de Dios, carmelita descalzo y misionero apostólico, escribe en la Revista *San Juan de la Cruz* el 22 de Enero de 1896:

Los subbas, llamados así vulgarmente por los árabes, pero conocidos científicamente

por la denominación de *mandaitas*, son unos pobres infieles que viven en las cercanías de Basora y de Amara y en algunas aldeas de Persia. Profesan estos subbas una religión bastante curiosa, cuyo culto principal es el del Santo Precursor, razón por la cual los apellidan también «cristianos de San Juan Bautista.»

Acerca de su origen, los autores que han escrito sobre esta nación no están concordes; y como estos infieles viven en un estado de grandísima ignorancia, no es posible sacar de ellos aclaración alguna satisfactoria. Lo único que saben decir es que son discípulos de San Juan Bautista; pero luego veremos que en realidad, á pesar de este título, son verdaderos infieles.

Así y todo, los subbas odian á los judíos y á los mahometanos, y tienen mucha simpatía para los cristianos; porque el Bautista era primo de Nuestro Señor Jesu-

45 Junio 1896

cristo. Merced á esta circunstancia, desde los principios de nuestra Misión carmelitana en estas tierras, nuestros Padres han tenido varias veces ocasión de ocuparse de estos infelices extraviados y de convertir algunos á la verdadera fe.

Para dar á conocer en cierto modo el génesis de esta nación, citaré las opiniones de dos autores de nuestra santa Orden.

El R. P. Fr. Ignacio de Jesús, misionero apostólico en Basora, publicó, en 1652, un libro escrito en latín, en el que dice que estos infieles eran primitivamente discípulos del Bautista, y que vivían en la Siria, hasta que los califas sucesores de Mahoma los expulsaron de su país, obligándolos á refugiarse en Caldea... que luego, en el siglo XIV, después de la muerte de Tamerlán, un tal Mobarek apoderóse del territorio que ocupaban estos subbas, y trató de destrozar por completo dicha nación, derribando sus templos, quemando sus libros y matando á cuantos pudo encontrar. En aquella ocasión los subbas se esparcieron por los desiertos de la Babilonia y de la Persia, perdiendo sus verdaderas tradiciones, adulterando con el olvido y la ignorancia su fe primitiva, y añadiendo á sus primeros dogmas una infinidad de errores y de supersticiones ridículas.

El R. P. Fr. Damián de San José, misionero apostólico en Bagdad, escribió en 1873, en la Revista francesa *Les Missions Catholiques*, algunos artículos sobre esta cuestión. Dice así: «Las observaciones que hemos hecho acerca de los subbas nos confirman en la opinión de que constituyen un resto de los discípulos que San Pablo halló en Efeso, y á quien preguntó si habían recibido el Espíritu Santo. Los cuales respondieron:

«—Ni siquiera sabemos si hay un Espíritu Santo!

«—Pues ¿qué bautismo habéis recibido entonces?

«—El bautismo de Juan...

«San Pablo añadió:

«—Juan ha bautizado con el bautismo de la penitencia, diciendo que era preciso creer en el que vendría después de él; esto es, Jesús...

«Habiendo oído estas palabras fueron bautizados en el nombre de Jesús. (*Act. Apost.* xix, 1-5).

«He aquí los antepasados de los subbas. Habían recibido el bautismo de Juan, y parece también que abrazaron el Cristianismo, por los vestigios que subsisten todavía en sus ritos, á no ser que hayan tomado ciertas prácticas de los cristianos en su trato con los mismos.

«Pero si fueron cristianos en tiempos remotos, no supieron conservar la pureza de su fe: porque, henchidos de orgullo, quisieron someter al criterio de la razón las verdades reveladas, y en vez de recibir con docilidad la enseñanza de los Apóstoles sobre la persona y la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, llegaron al absurdo de negar su divinidad. Escandalizóse su razón al ver la humillación de un Dios que pedía el bautismo á su criatura. La vista de Jesús postrado á los pies de Juan Bautista fué el escollo en que vino á tropezar su fe, y luego consideraron al Precursor como superior al Dios humanado. Volvieron, pues, desde luego á proclamarse discípulos de Juan, encareciendo su bautismo con mayor entusiasmo que antes, porque habían visto al mismo Jesús recibiendo de buena gana el bautismo del Precursor.» Hasta aquí el R. P. Fr. Damián de San José.

Sea lo que fuere de su origen, su religión actual constituye una mezcla ridícula de falsas creencias. Admiten la existencia de dos mundos; el primero es un mundo misterioso enteramente poblado de subbas; el segundo es el mundo visible en que vivimos y en el que moran también algunos subbas, pero como desterrados del suelo patrio. Después de su muerte todos los subbas de ambos mundos irán al paraíso llamado *olmi-danuro*; los del primer mundo sin demora, porque son santos; los de este mundo visible después de pagar una deuda proporcionada á sus pecados, en el *matorotos* (purgatorio). El infierno eterno existe para los infieles, pero no para los subbas.

Dicen que el Bautista es su gran legislador. Por supuesto, la vida de este santo personaje está desfigurada por completo en las historias de la secta. Entre otros disparates, dicen que tuvo cuatro hijos nacidos del agua del Jordán, que su nombre es Yahia, que está sepultado en Persia.

Las fiestas principales de estos sus pseudo-discípulos son las suyas propias: primero, la fiesta del bautismo, en que todos los años los subbas renuevan su bautismo; segundo, la fiesta del milagro, en que hacen conmemoración de cierto milagro que hiciera el Santo, matando un monstruo infernal en el lago de Tiberíades; tercero, la fiesta de su nacimiento; cuarto, la de su muerte. En todas estas fiestas comen miel y langostas.

Siendo el bautismo el fundamento de su santidad, viven siempre á orillas de los ríos, y para ser bautizados entran en el agua hasta las rodillas, mientras el sacerdote les echa agua sobre la cabeza, diciendo: «Os bautizo como Yahia bautizó á sus discípulos, y como él los salvó entonces así os salvará ahora.» En cuanto á los infantes, los bautizan cuando cumplen un año de edad, un domingo; entonces el que sirve de padrino lo zambulle en el agua del río. En cuanto á la fórmula que pronuncia el sacerdote, el R. P. Fr. Ignacio de Jesús dice que es la siguiente: *In nomine ipsius Domini primi novissimi ex mundo paradisi, altioris omni altitudine, omnium creatoris*, cuyo sentido es bastante obscuro.

Acerca de Nuestro Señor profesan muchos errores: dicen que la Virgen lo concibió bebiendo agua del cielo; creen que merced á la protección del Todopoderoso el cuerpo que fué crucificado por los judíos era fantástico, y que el verdadero Jesús se salvó así de la muerte, frustrando la rabia de sus enemigos.

En cuanto á los seres metafísicos, su teología es rica y fecunda en invenciones. Dicen que existe un Dios supremo, principio y creador de todo, eterno, santo, poderoso, sin fin... Hasta aquí está bien; pero luego añaden que en derredor de este Ser principal existen otros trescientos sesenta seres espirituales que tienen cada uno en propiedad un reino celestial. Son estos seres más perfectos que los Angeles, aunque inferiores á Dios y criados por El. Luego vienen los Angeles y los demonios, con una infinidad de genios ó espíritus malos que sirven para ejercitar la virtud de los subbas.

Sus dogmas y ritos están escritos en algunos libros que sus sacerdotes guardan con mucho sigilo. Así y todo, nuestros antiguos misioneros han podido procurarse algunos, gracias á los subbas que se convirtieron.

En 1678 uno de nuestros misioneros, el R. P. F. Angel de San José, carmelita francés, marchó de Basora á Constantinopla y entregó en manos del marqués de Nointel, embajador de Francia en Turquía, para ser enviados al ministro Colbert algunos manuscritos raros y curiosos sobre la religión de los subbas. Estos libros son los primeros manuscritos mandaitas conocidos en Europa, y existen aún en la Biblioteca nacional de París. Pero como ciertos enemigos de las Ordenes religiosas no quieren reconocer á las mismas el honor de haber contribuido al progreso de las ciencias y letras, algunos orientalistas modernos negaron que dichos manuscritos fueran dádivas de los Carmelitas de Basora. Por esta razón, el que firma estas líneas escribió últimamente un memorial al administrador de la Biblioteca Nacional de París para probar el origen carmelitano de dichos manuscritos, y gracias á Dios su escrito fué bien acogido, y la verdad ahora es conocida.

Los subbas no pueden comer ni beber con los mahometanos ú otros que no sean de su secta. Sus sacerdotes matan los animales que sirven para alimentar á sus fieles. Los corderos, las gallinas y demás bestias de comer, son bañadas en agua fresca antes de ser inmoladas, y luego el sacerdote les pasa el cuchillo rezando ciertas plegarias del ritual.

Tienen además una infinidad de ritos particulares en la celebración del matrimonio, en el entierro de sus muertos y hasta en el modo de vestirse.

La magia y la brujería ocupan también un puesto de honor en su ceremonial... Sería demasiado difuso si quisiera referir todas las creencias y prácticas de su errada religión.

Concluiré este ligero bosquejo diciendo lo que los misioneros Carmelitas de Basora y de Bagdad han hecho y están dispuestos á hacer todavía, *Deo volente*, en favor de estos pobrecitos.

Gloria inmortal de nuestra España será el haber siempre propagado con encendido celo la verdadera fe. A España también puede atribuírse con razón el principio de las Misiones que tuvieron por objeto la conversión de nuestros subbas. He aquí los hechos:

Sabido es que desde el año 1580 hasta el de 1640, Portugal y todas sus posesiones ultramarinas dependieron de la corona de Su Majestad Católica, quien imponía leyes á la mitad del mundo conocido.

Corría, pues, el año 1607 y mandaba en Goa don Francisco Alejo de Manasí, virrey de las Indias Orientales. Este insigne varón, lleno de ardor apostólico, habiendo oído hablar de los pobres subbas que moraban en los desiertos de la Arabia y de la Persia, quiso cooperar á su salvación, y con este objeto envió á Basora dos Padres misioneros Agustinos, varones de probada virtud, con el fin de predicar el Evangelio á estos infieles. Los dos Padres misioneros llegaron á su destino, y con todo el denuedo que les inspirara su caridad se metieron por entre los subbas, tratando de convertirlos. Duró su apostolado algunos años, pero sin resultado práctico; ¡no había llegado aún la hora de Dios!

En aquella misma época, algunos Religiosos de la Reforma de Santa Teresa, animados del doble espíritu

del santo profeta Elías, hacían la obra eminentemente salvadora de las Misiones á tierra de infieles, y por orden del Vicario de Jesucristo habían establecido las Misiones de Persia, en las que producían frutos abundantes para gloria de Dios y salvación de las almas.

El virrey de las Indias y el Arzobispo de Goa, al tener noticia de los progresos que hacían en Persia las Misiones Carmelitanas, resolvieron confiar á los Carmelitas la difícil empresa de convertir á los subbas. Escribieron, pues, al Sumo Pontífice, suplicando á Su Santidad se dignase aprobar el proyecto, y pidiese á Su Majestad Católica su alta protección para el buen éxito de la empresa. Gustó al Papa la propuesta, y con un *motu proprio*, firmado también por la Congregación de la Propaganda, confió á los Carmelitas la Misión de los subbas.

Nuestros misioneros de Ispahan al recibir tan grata nueva se alegraron sobremanera, y el primer Padre elegido para iniciar la obra fué el R. P. Fr. Basilio de San Francisco, Religioso portugués de muchas virtudes y de suma energía en los trabajos apostólicos.

Marchó este esforzado varón de Ispahan el 26 de Marzo de 1623, disfrazado de árabe y con un solo guía. Tuvo en su viaje varias peripecias, y corrió el Padre algunos peligros de que lo salvó el Señor, y al fin llegó felizmente á Basora. Cuando estuvo en esta ciudad vistió el hábito de la Religión y fué á presentarse al gobernador ó bajá, quien, aunque mahometano le hizo buena acogida, concediéndole los medios oportunos para emprender la predicación del Evangelio en medio de los subbas de las inmediaciones.

Este celoso misionero puso en Dios toda su confianza y marchó adelante... Cosa muy difícil era vencer la obstinación de aquellos infieles, pues habían resistido á los Padres Agustinos... pero el celo, la mortificación y la caridad de este nuevo atleta vencieron todos los obstáculos, y leemos en las crónicas de nuestra santa Orden que convirtió setenta mil subbas.

Conviene corregir aquí este número, que sin duda alguna es muy exagerado. El copista habrá añadido un cero por equivocación al trasladar el manuscrito. En efecto, el R. P. Fr. Ignacio de Jesús dice en su libro que todos los subbas juntos ascendían en su tiempo (1652) al número de veinte á veinticinco mil familias, esparcidas en Arabia, Persia y también tierras de cristianos. Ahora bien: suponiendo que los que convirtió el R. P. Fr. Basilio de San Francisco fueron siete mil, este número, bastante considerable en sí, justifica la aseveración del citado autor, cuando dice: *Sed ni locis etiam catholicorum non pauci ex istis Christianis Sancti Joannis commorantur.*

Volvamos al R. P. Fr. Basilio de San Francisco. Convertidos muchos subbas, era urgente llevarlos á otros países para salvarlos de la persecución de sus antiguos correligionarios, y del peligro de regresar á sus primeros errores. Obtuvo, pues, del gobernador de Basora, dicen las crónicas, el permiso de trasladar á países extraños esta gran multitud, aunque dicha emigración fuese contraria á los intereses del gobernador, privándole de tantos súbditos, y obtuvo también de sus neófitos que hiciesen el sacrificio de abandonar su país y su hacienda para emigrar á las Indias, en las posesio-

nes del Rey Católico; en los lugares llamados Doba, Quebans, Lucifen y Zoma, dicen las crónicas.

El virrey de Goa envió navíos de la armada á Basora para transportarlos.

Mientras el R. P. Fr. Basilio de San Francisco recorría los desiertos y las aldeas en busca de subbas, y que negociaba con virreyes y arzobispos para enviar sus presas á lugar seguro, la Misión de Basora progresaba.

Entre los misioneros que llegaron á Basora en aquella época, cuéntase al R. P. Fr. Ignacio de Jesús, carmelita italiano, quien, encendido del mismo celo que el R. P. Fr. Basilio de San Francisco, se dedicó también á la conversión de los subbas, aprendió el idioma mandaita, que es un dialecto arameo escrito con letras parecidas á las siriacas, estudió atentamente los usos y costumbres de aquel pueblo, y luego publicó, como se dijo más arriba, un libro para refutar sus errores religiosos. En este libro dice el autor que existían, en su tiempo, cristianos de San Juan Bautista en las Indias Orientales, en la ciudad de Goa, en Mascal y en la isla de Ceylán, y luego añade: *Inter quos sunt quos ego duabus ab hinc annis ad proregem Goæ, veluti oratores sue nationis et exploratores locorum quos idem Prorex se ipsis daturum promisit in insula Seilan, transmisi.* Todo esto prueba que en verdad nuestros Padres convertían á muchos subbas, y que luego los enviaban á los dominios del Rey Católico, antes de 1640, y después de aquella época *subditiōne Lusitanica*; como está impreso en el citado libro.

Assemani, en su *Bibliotheca Orientalis*, dice que ha leído en el archivo de la Propaganda que los Carmelitas Descalzos de Basora enviaron colonias de cristianos de San Juan Bautista á las Indias, en cuatro épocas distintas, en 1629, en 1633, en 1646 y en 1650.

Acerca de estas cuestiones muchos documentos existían antiguamente en el Archivo de la Congregación de Italia, según lo refiere el P. Fr. Manuel de la Cruz, portugués, en un libro impreso en Lisboa en 1639, cuyo título es: «Del gran provecho que hacen los Carmelitas Descalzos en las Indias para el servicio de Dios y del Rey.» Entre aquellos documentos se hallaría sin duda la copia del convenio que hicieron entre sí el gobernador de Ozmutz, el conde de Linares virrey de las Indias y algunos jefes de los subbas convertidos, acerca de la emigración de los mismos.

Todo esto prueba que nuestros misioneros convirtieron millares de subbas.

Es verdad que en los libros parroquiales de nuestra iglesia de Basora no hallamos sino algunos pocos actos de bautismo de subbas; pero serían éstos los que se convertían aisladamente y que moraban en la misma ciudad; en cuanto á los demás, no inscribían sus bautismos, ó los inscribían en un regitro particular.

Cuando el R. P. Fr. Ignacio de Jesús marchó á Roma, por el año de 1651, para dar á la imprenta su libro, llevó consigo á dos subbas, que fueron bautizados en Roma; uno, que se llamaba Abd-el-Ahad, fué nombrado Juan Bautista Ursinus, y el otro, cuyo nombre primitivo era Abd-el-Said, se llamó después Isidoro Pamphilius.

Supone el R. P. Fr. Policarpo de María José en los

Anales de la Misión de Basora, que estos dos catecúmenos fueron apadrinados y adoptados por las dos ilustres casas romanas de los Ursini y de los Pamphili.

Ahora entresacaré del libro parroquial algunas actas de bautismo de subbas:

En 23 de Abril de 1667, vese el bautismo de un joven subba, de veintidós años de edad, bajo el nombre de Angelo. Murió este joven en nuestro mismo convento, cinco años después, con todos los Sacramentos.

En 24 de Junio del mismo año, hállase la fe de bautismo de un anciano subba de cerca de sesenta años de edad; nombráronle Simón.

En 25 de Abril de 1673 un sacerdote francés, de paso en Basora, y huésped de nuestros Padres, sirvió de padrino á un subba de veintisiete años de edad, cuyo nombre fué Víctor.

Baste lo dicho para probar el celo de nuestros antiguos misioneros.

Durante cerca de dos siglos nuestros anales no volverán á hablar de los subbas. Ni en los libros de Basora ni en los de Bagdad no hallamos mención de los mismos. En aquel largo período su nación es sin cesar perseguida y molestada por los mahometanos, y su número é importancia disminuyen.

En la actualidad no son sino unos pocos miles que moran en medio de los musulmanes, y poco á poco se van extinguiendo. Así y todo, si tuviésemos la protección eficaz de algún Gobierno europeo, como en tiempos pasados, tal vez pudiéramos salvar los restos de esta nación.

En el año 1863 un joven misionero de Bagdad, animado del celo de nuestros primeros Padres, marchó á Amara, población situada entre Bagdad y Basora, en donde moran algunos centenares de subbas, y quiso emprender la conversión de estos pobres extraviados. Al efecto, uniéndose de amistad con su jefe el cheik Yahia; pero su celo no logró entonces lo que deseaba.

Más tarde, en 1884, el mismo misionero, que no es otro que nuestro muy reverendo Padre Prefecto apostólico actual, estableció en Amara una capilla y una pequeña escuela de niños, siempre con la misma idea de salvarlos... ¿Querrá Dios premiar sus santos deseos?... Desde cuatro á cinco años (Octubre 1891) algunos subbas se atreven á enviar sus hijos á la escuela... Es un buen agüero.

ECUADOR

USOS Y COSTUMBRES DE LOS SALVAJES, Y TRABAJOS DE UN MISIONERO, POR EL R. P. FR. ENRIQUE VACAS Y GALINDO, DE LA ORDEN DE PREDICADORES.

IX

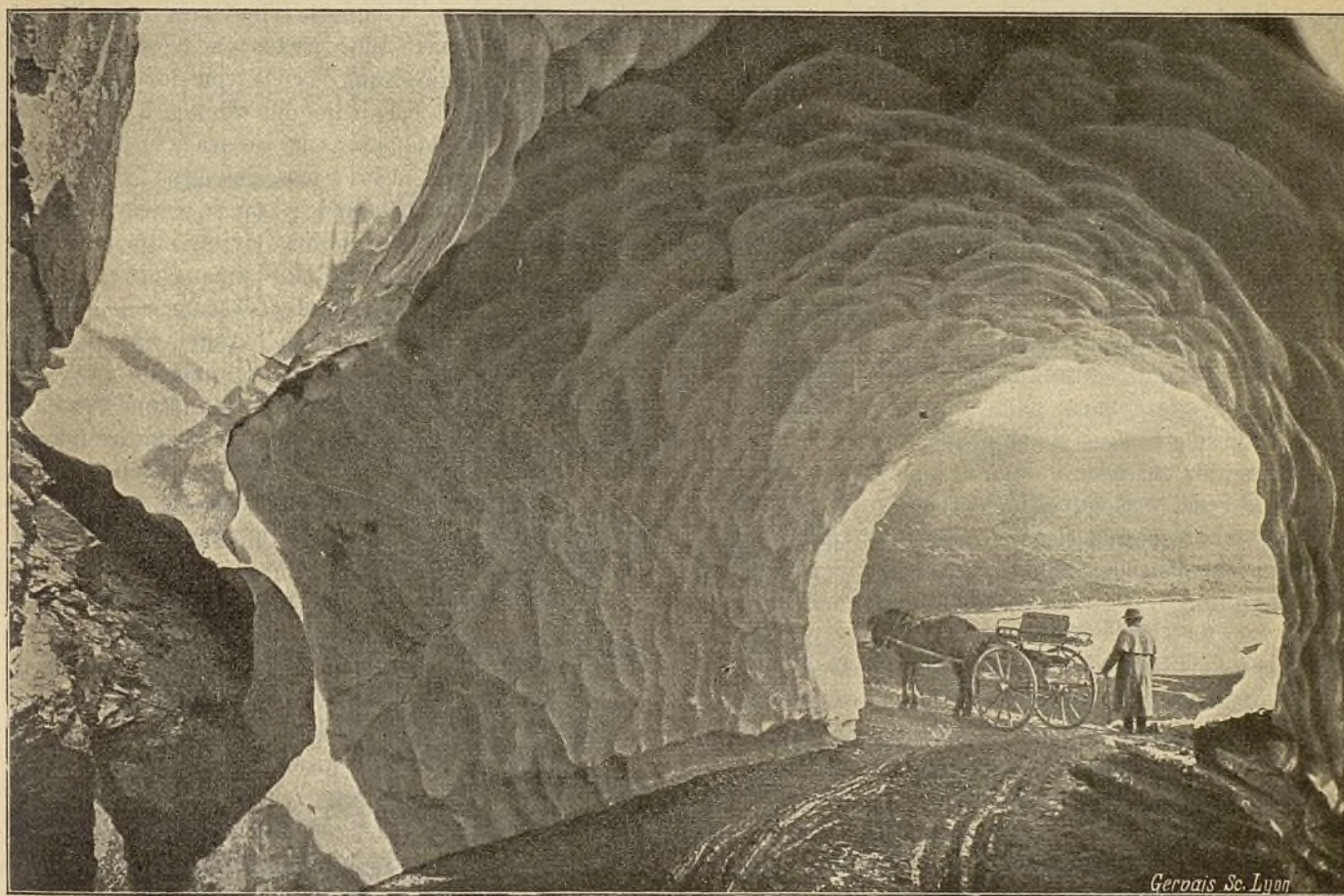
El médico Nanchi (continuación)

LARGAS horas peroraron los congregados en torno al cadáver, con una palabra á cual más elocuente y arrobadora, para probar la justicia de la sentencia draconiana que acababan de dictar, y mutuamente querían convencerse de la santidad de la causa que defendían. Unos creyeron demostrar apodícticamente no haber cosa más justa ni más santa sobre la tierra, como la satisfacción plena, atroz y ardiente de la sed devoradora

de venganzas, y el deleite inefable de mirar, con la sonrisa en los labios, las víctimas retorciéndose en regueros de sangre á las plantas del matador, ó saltando á las lanzadas del victimario entre ayes lastimeros ó blasfemias más formidables que el infierno. Otros, creyendo esto demasiado evidente y por lo tanto menos digno de atención, alegaron la santidad de la pena del talión y la rigurosa equidad de que pagaran con la vida los que se habían atrevido á quitarla, ó al menos contribuido á la muerte de un capitán jívaro. Otros, aprobando los conceptos anteriores, discutieron sobre la antigua costumbre de sus abuelos, y demostraron cuán en derecho estaban de tomar las medidas tan sabia y prudentemente dictadas. Otros añadieron que era pre-

—No, respondieron á una voz; no, jamás se dirá que Nankijukima, el descendiente único del gran capitán, sea cobarde, que él solo no haya podido vengar la memoria de su padre...

—Juro sobre este cadáver palpitante que me dió el ser, que mi lanza será terrible como las garras del tigre sobre el ciervo indefenso; mi cólera será peor que la de la víbora pisada por incauto pasajero; mi furor se desbordará tras mis enemigos, como la creciente del Cetuchi después de la tempestad. No está lejos, mirad, la colina sagrada en donde tomaré mañana el *natema* divino y me engolfaré en éxtasis de diabólicas comunicaciones durante tres días: el espíritu del mal se derramará sobre mí y me inundará como un océano: el



NORUEGA.—Túnel en la nieve. (Pág. 278)

ciso dar ejemplo á los jóvenes, para que no se excusasen en cumplir un deber tan sagrado, y á su tiempo glorificasen las cenizas convertidas en polvo tal vez de los mismos interlocutores. Y otros, en fin, manifestaron cuán gloriosa y heroica era la empresa de diezmar enemigos, cuán dichoso y digno de inmortalidad quien la ejecutaba...

Nankijukima cerró el debate de la manera siguiente:

—Inclitos guerreros del desierto, si Nankijukima solo no llena espléndidamente la alta misión con que acabáis de honrarle; aquí tenéis esta lanza, tomad y clavadla en su pecho, matadle como á cobarde ó apaleadle como á vil escuerzo que se arrastra sobre el lodo.

iuanchi mismo se apoderará de todo mi ser y lo agitará como terrible huracán; mis pulmones se henchirán de rabia, y cual el *Tungura* respirarán y arrojarán satánica lava: mi pecho, garganta, boca y ojos lanzarán fuego infernal, y las furias del averno me envolverán como atmósfera abrasadora: en medio de este diabólico torbellino, el ángel de las tinieblas se comunicará á mi corazón, á mi sangre, á mi inteligencia y fantasía, y en esa íntima comunicación beberé en la fuente deletérea del mal un torrente de odio indescriptible, una tempestad de ira que yo mismo no podré contener, un fuego de venganzas que me devorará las entrañas... Y después de esto, tomaré la lanza á la mano, y os juro que no la depondré hasta haber apurado la última gota de furor

que el *iuanchi* me hubiere comunicado contra los enemigos de mi padre...

Terminóse el debate con estrepitosos aplausos y mil blasfemias.

Ordinariamente los moribundos dicen la manera como quieren ser sepultados, y dan sus últimas instrucciones de lo que desean á este respecto; por ejemplo, encargan que su cuerpo no quede expuesto á la intemperie del sol ó de la lluvia, que no les falten comida y bebida, que se los pongan de tal ó cual manera, etc.

El cadáver del padre de Nankijukima lo pusieron sentado sobre una *kutanga* (1), interpretando así su voluntad, por no haber podido manifestarla á última hora: sujetáronle á un poste para que se sostuviera en esa postura, diéronle á la mano una lanza de chonta para que se defendiera de otras almas, cadáveres ó animales que fueran á turbar su tranquilo sueño; todas las mujeres, como postrer homenaje del lazo conyugal que les ligaba al finado capitán, depositaron en torno suyo *piningas* de chicha, ollas con infusión de guayusa, platos colmados de yuca y plátano.

Despojáronse luego las mujeres de todos sus adornos, collares, gargantillas, pendientes, pulseras, cinturones, etc., cortáronse el cabello, y debían abstenerse de colorarse durante largo tiempo, en señal de duelo. Pero fueron allí mismo repartidas á los parientes más inmediatos, á quienes tocaba por derecho tan rica herencia, sin que tomase parte en ellas Nankijukima, por haber sido esposas de su padre.

En seguida cerraron y dejaron bien atadas las puertas de la casa, y aseguradas de manera que nadie pudiera entrar á estremecer los huesos del viejo capitán, á quien abandonaron todos para siempre, retirándose á lejano punto.

Dos meses después los rayos vespertinos del sol iban dorando con tibia lumbre las crestas de las escarpadas rocas de la cordillera; y poco á poco escondíase el rey de los astros tras los montes de Occidente; en cambio su esposa, la luna, derramaba vívidas ondulaciones de pálida luz sobre las mansas y estancadas aguas del río Cusulime: á esas horas navegaba allí el brujo Nanchi, y pescaba con dos compañeros más, tres mujeres y dos niños.

Nankijukima habíalo visto desde la tarde, y estaba alerta; como el tigre halagado con la presa, esperaba el momento más oportuno para echarse encima.

Cansados de pescar, Nanchi y sus compañeros pusieron en la canoa que iba lentamente en acompasado movimiento, por medio del río, cuya anchura no excedía de cien metros. Era este el momento deseado por Nankijukima: ató dos lanzas á su cabeza y asegurólas con su larga cabellera, sumergiéndose en el agua hasta el cuello y nadando seguía á lo lejos á los navagantes. Así caminó más de un kilómetro. Cuando estaba cerca de la canoa, los otros descuidados y él seguro del golpe, desató las dos lanzas, tomó la una en la manó derecha, llevóla al hombro, con la punta hacia adelante, en actitud de arrojarla, la hizo retroceder media vara para

darle mayor fuerza, y de la distancia de ocho metros, clavóla en las espaldas de Nanchi, que se hallaba á la popa de la canoa, traspasóle el pecho una cuarta hacia adelante, y se le quedó prendida de esa manera la acerada pica.

El susto, el alboroto, los violentos saltos y contorsiones de la víctima hicieron irse á pique la canoa: mientras eso, con la otra lanza mató incontinenti á otro hombre, y furioso como un toro, Nankijukima persiguió al tercero sin darle tiempo á salir del agua: gritó á las mujeres con voz estentórea que si querían la vida, implorasen á la orilla su clemencia, como lo hicieron.

Dos de éstas, las más jóvenes, fueron tomadas para mujeres suyas, la tercera fué muerta allí mismo y cortada la cabeza, como cortó la de los dos niños y lo había hecho ya con la de Nanchi y sus compañeros.

Estas cabezas no las quería sino para reducirlas á *zhanzhas*, como hace todo jívaro en tales casos: he aquí como procedió Nankijukima con la de Nanchi. Cortó la piel en el colodrillo del vértice á la cerviz, desolló por ambos lados toda la cabeza y la cara, botó los huesos craneanos á los peces del agua, y conservó únicamente el cuero cabelludo; lo puso á hervir en una olla para extinguir los microbios, evitar el principio de putrefacción que encierra la piel humana y dar consistencia al pelo; luego lo extendió sobre un molde de piedra candente del tamaño de una naranja, hasta que se secase, contrajese y redujese al volumen de la piedra modelo. Cuando se hubo enfriado ésta tomó el cuero, cosió la incisión del vértice á la extremidad, compuso y peinó el cabello, y la *zhanzha* (1) estaba hecha.

De la misma manera procedió con los decapitados miembros de las otras víctimas, ayudándolo las mujeres que tomó por esposas.

Este procedimiento ordinariamente no dura más que un sólo día; pero para que acabe de adquirir la *zhanzha* su máxima dureza, rellénanla de arena ardiente, y de cuando en cuando la tienen cerca del fuego.

¿Quién ha visto jamás aberración más grande del espíritu humano que ésta, ni modo más atroz de insultar á la víctima y al enemigo? ¡Cuán cierto es que á medida que las almas se alejan del Cristianismo, que es luz y verdad, caen luego sumergidas en un océano de errores, crímenes, infamias y supercherías!

Las referidas fueron las últimas víctimas de la comisión confiada á Nankijukima; las demás las había devorado antes este lobo hambriento, con la misma avidez con que devoró éstas.

Paseábase después orgulloso y orondo dando cuenta de casa en casa á los individuos del congreso, del modo como había llenado tan diestra y gloriosamente el encargo que le dieran, y recibiendo mil felicitaciones.

Todo jívaro que ha hecho una muerte y tiene una *zhanzha* está obligado á hacerle fiesta; de otra suerte cree que morirá pronto, que perecerá su familia y le sobrevendrán mil males. Muchos son los preparativos, y duran largo tiempo. Sin embargo, apenas ha conseguido la *zhanzha* hace la fiesta de *entrada*, que consiste en dar de beber el zumo de tabaco al matador,

(1) Hay un ejemplar en el Museo de Santiago de Chile, y en manos de algunos comerciantes poco escrupulosos del Ecuador, se encuentra con frecuencia.

(1) Kutanga: asiento bajo de palo, muy común entre los jívaros.

y sigue una borrachera de algunos días: después el fiestero guarda riguroso ayuno durante uno, dos, cuatro ó más años hasta hacer la fiesta propia de las *zhan-zhas*.

Nankijukima después de la fiesta de *entrada*, ayunó y se preparó diez años para festejar la *zhanzha* de Nanchi y demás obtenidas en esta ocasión; y construyó una hermosa casa sobre la colina del Cetuchi, y fué precisamente la colina donde tomó el *natema* narcótico, cuando la muerte de su padre, para victimar á quienes suponía autores de ella.

BRASIL

Una Cuaresma aprovechada.—Un Obispo en peligro.—Semana Santa en San Pablo

El R. P. Ramón Genover, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, escribe desde San Pablo el 14 de Abril de 1896:

NUESTRO celosísimo Prelado comenzó durante la pasada Cuaresma á desarrollar el plan de campaña que se propone seguir para bien de su dilatada y necesitada diócesis. Iniciáronse en esta capital simultáneamente con la santa visita pastoral las Misiones que en las cuatro principales parroquias se dieron sucesivamente por algunos celosos señores canónigos, ayudados de algunos Padres de la Compañía de Jesús. A continuación de éstas, predicamos los Misioneros del Inmaculado Corazón de María, otras dos al mismo tiempo, una en el barrio de Braz, para los españoles que en su mayoría moran allá, y otra en nuestra iglesia de la Orden Tercera, para toda la gente. De manera que el pueblo paulista presencié una continua Misión durante toda la Cuaresma.

Entre tanto, la terrible enfermedad de la fiebre amarilla va haciendo no pocas víctimas. Este año parece que se ha cebado bastante en algunas poblaciones del interior del Estado. Decíase antes que la *terrible fiebre* no subía la sierra; mas ahora se observa que no hay alturas á las que no llegue la mano del Señor cuando quiere, y lo mismo en Santos que en Araracara, Campinas, etc., que están muchas leguas hacia el interior y en alturas de ochocientos metros, como San Pablo, sienta sus reales. Nuestros Padres han asistido á no pocos en la santa casa, si bien que en su mayoría venían ya enfermos de otras poblaciones infestadas.

Nunca hubiera creído que el Brasil tuviera territorios tan extensos en el más completo estado de salvajismo, como tiene. Cuando nuestro Estado de San Pablo, que sin duda es de los más adelantados en todo, en su mayor parte está del todo desconocido, y habitado sólo por indios salvajes, ¿qué se podrá decir ó calcular si se recuerdan los Estados de Matto Grosso, Goyaz, Minas Geraes, Paraná, etc., cuya extensión es mucho mayor y el número de habitantes conocidos mucho más reducido? Quien nos podría decir algo de esto es el señor Obispo de Goyaz, el cual en su ardiente celo de apóstol quiso hacer en compañía de su secretario la visita de su obispado. Internóse en los lugares de los indios salvajes y cayó en sus manos, los cuales por dos veces consecutivas le condenaron á muerte, aunque el Señor

le quiso librar de tal peligro. Esperábamos que *O Apóstolo*, de Río Janeiro, nos explicaría el medio que le depuró la Divina Providencia para su salvación. Hasta hoy no lo hemos visto. Esto nos indica que aun no hemos de perder las esperanzas de ser mártires de la fe. Quiera Dios Nuestro Señor dispensarnos este favor.

Acabamos de pasar la Semana Santa, en la cual parece avivarse la fe aun en los pueblos más descreídos. Creíamos que en San Pablo apenas se distinguirían estos días de los demás, mas hemos sufrido una gratísima decepción. Sin bando, sin edicto municipal, ni de gobierno, en el Jueves, y sobre todo en el Viernes Santo, cesó la circulación de carruajes, cerráronse todos los comercios y tiendas; y la ciudad más parecía un cementerio que una Babilonia como es. Iba la gente á pie, silenciosa, visitando los templos y mostrando en ellos su generosidad con espléndidas limosnas. Esto nos complació en gran manera.

Su Santidad el Papa León XIII ha creado en esta república una nueva diócesis, llamada del Espíritu Santo, que forma parte de la provincia eclesiástica de Río Janeiro. Abraza todo el Estado del mismo nombre, y tiene por capital á Victoria. Se ha desmembrado de la diócesis de Nicteroy y Marianna.

CAROLINAS OCCIDENTALES (Micronesia)

Particularidades de las islas Palaos pertenecientes al gobierno de Yap (continuación).

RELIGIÓN.—Los naturales de Palaos son politeístas, puesto que creen en muchas deidades: creen además en un ser no material que está en cada persona y no muere con el cuerpo; y en una segunda vida después de la muerte: tienen templos y sacerdotes á su modo, y están plagados de supersticiones. Cuanto voy á decir estoy cansado de verlo y oírlo, ni lo exageraré en lo más mínimo.

El ser invisible ó deidad que ellos adoran se llama *galid*, nombre general que dan á todos, aunque algunos suelen tener otro particular. Estos son muchos y de distintas categorías, poderes y oficios; unos son como dioses fijos y determinados, con sus casas-templos y sus sacerdotes; otros son como indeterminados, y errantes, entre los cuales hay mucha variedad.

De los primeros, el principal, *clou galid*, está en Peliliu, isla del extremo Sur, donde tiene su templo y sus dos *santones* encargados de interpretar la voluntad del *gran diablo*, y de dirigirle las súplicas del pueblo. Por el estilo de éste hay otros tres ó cuatro en otros puntos de Palaos. Las casas donde moran estos *seres*, donde se deja oír su voz y donde las gentes acuden á suplicarle son por el estilo de las que los naturales habitan, ó algo más grandes: á un extremo tienen separado por medio de telas ó mantas encarnadas un recinto, como una tercera parte de la casa, que es como el lugar sagrado donde habita el *galid*; lo restante es habitación de los *sacerdotes*, donde entran los que van con alguna petición. El oficio del sacerdote (que es un salvaje desnudo como todos) es acercarse á la cortina roja, sin entrar, y sentado en el suelo dirigir las súplicas.

cas en favor de las gentes y consultar las dudas que traen, á lo cual (según afirman todos) contesta el *galid* desde dentro, con una voz que todos oyen, pero que sólo la entiende el santón, quien la interpreta á los demás. Este *galid* de Peliliu es famoso entre ellos: los jefes, incluso el reyezuelo de este pueblo, acuden á él en todo y para todo, y le temen todos de una manera horrorosa.

Hablarles los misioneros de ir á Peliliu es ponerles en espanto: varias veces hemos intentado el ir á ver esa casa y enterarnos personalmente de todo lo que hay; mas no ha sido posible, por tener que contar con tres ó cuatro naturales para el bote, pues la dicha *romería* cuesta uno ó dos días por el mar (según el viento).

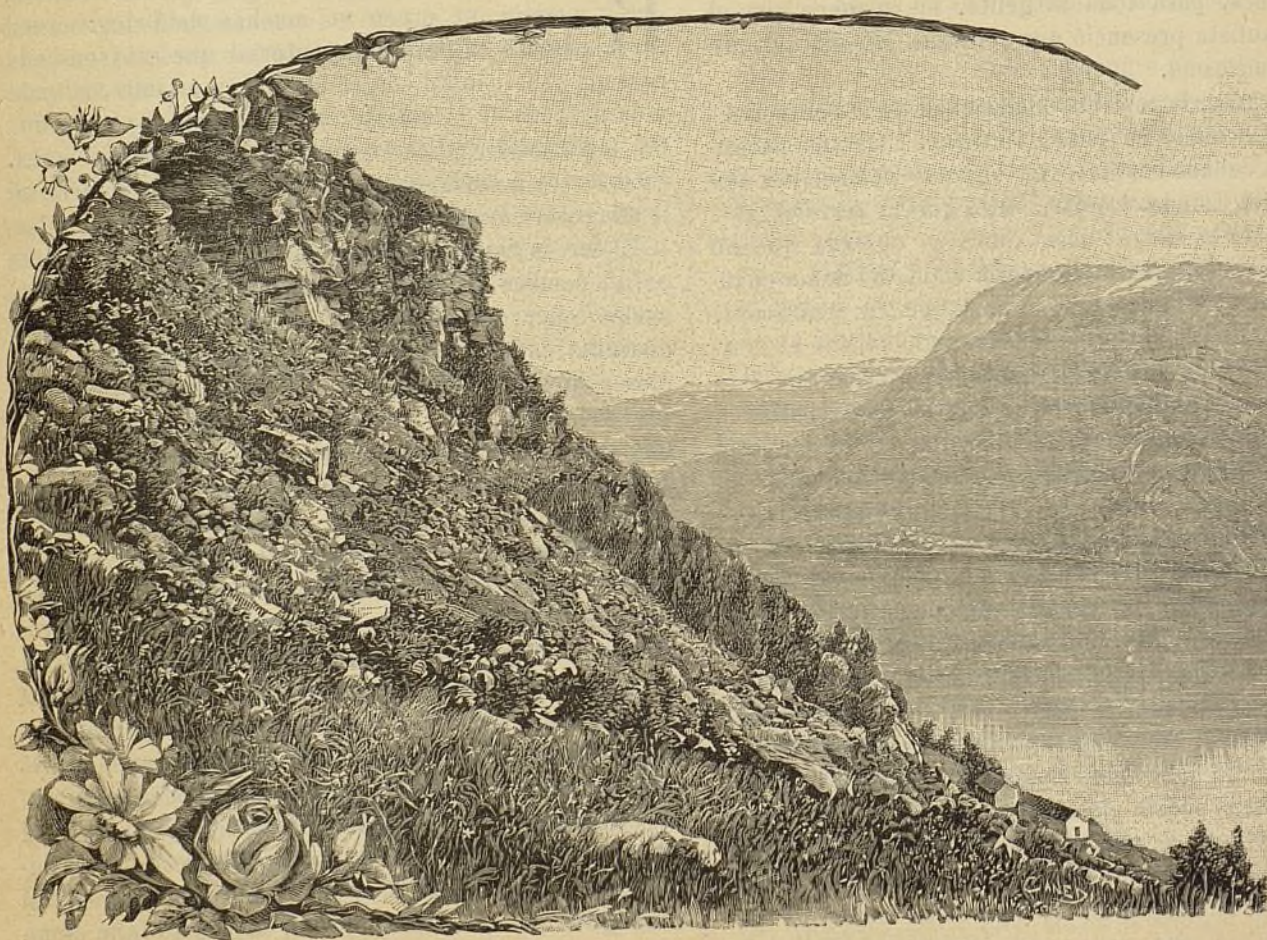
—Si vosotros vais, nos decían, á la casa del *galid*, y hacéis ó decís algo contra él, nosotros que os acompañamos moriremos todos, se enfadará y tal vez destruirá todo el pueblo, y á la vuelta armará tal tempestad en el mar que todos pereceremos.

Cuando el pueblo padece alguna tribulación, cuando ellos se creen en algún peligro, en tiempos de guerra, y cosas por el estilo, el reyezuelo reúne consejo, y tomando una moneda, mandan una Comisión para que den la ofrenda al *santón*, y éste ruegue al *galid* según la voluntad de los donantes. Algunas veces han mandado durante este año las tales Comisiones al *galid* de Peliliu, y nosotros lo hemos sabido siempre: una vez pidieron lluvia para los hoyos de gabe, que se secaban; otra ofrenda y petición fué para que los misioneros (que les reprenden sus malas costumbres) se volvieran

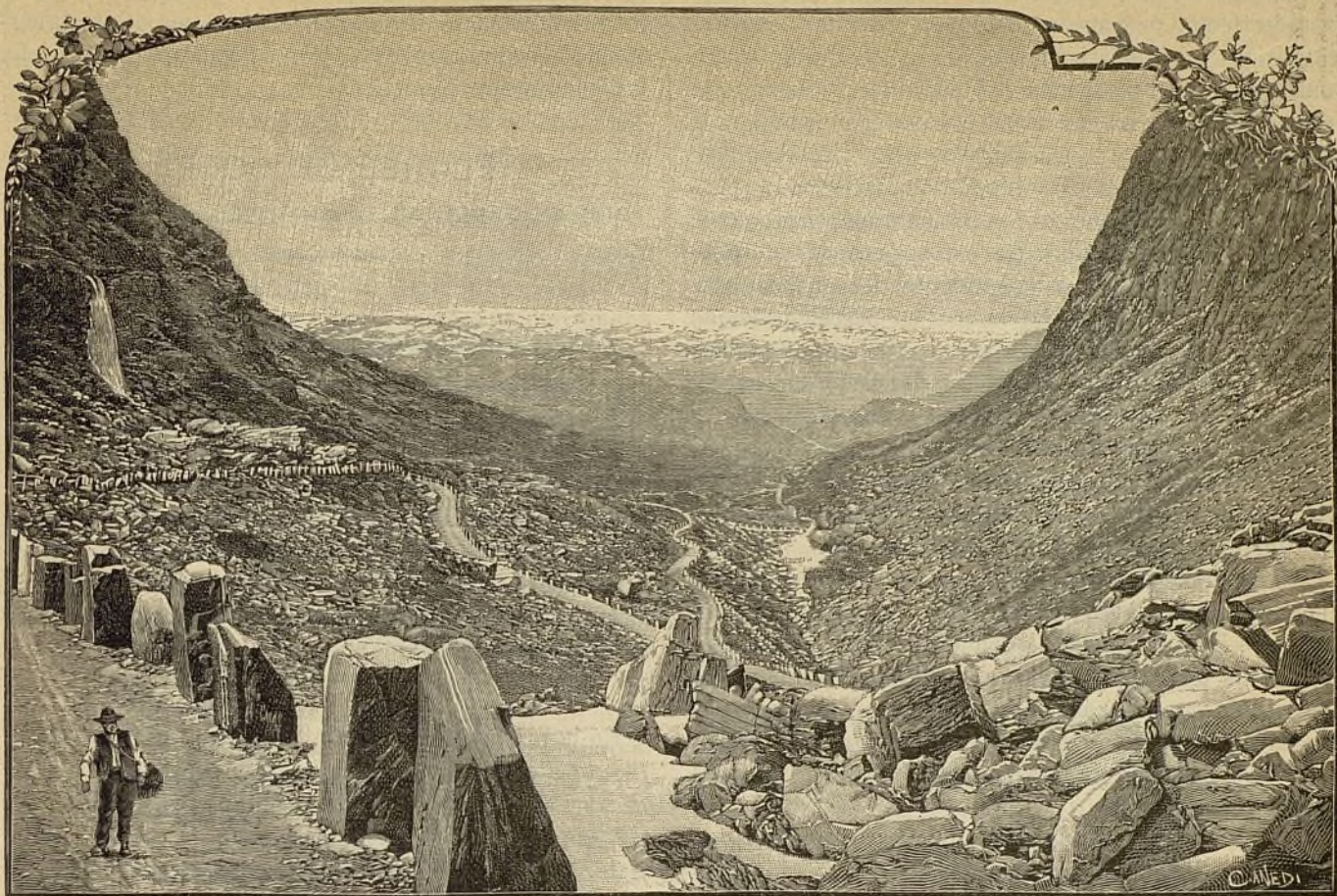
á Yap, y algunas otras peticiones; pero los infelices siempre se quedan, como nosotros les decimos, riendonos de su *galid*, sin el dinero y sin lo que han pedido.

Hay otros de menor categoría, y los hombres que son sus allegados y amigos no son ya como sacerdotes de oficio. A cualquiera de estas dos clases de *galid* acuden con frecuencia, siempre por medio de sus *ministros*, para consultar sobre dudas de salud ó muerte de algún enfermo; en cuestión de robos, preguntando por el autor; para vengarse de cualquiera, pidiendo que enferme ó muera tal ó cual; para inclinar hacia sí ciertas voluntades, incitar ciertas pasiones, y para todo aquello que desean y no pueden humanamente conseguir.

También se pueden considerar como determinados y fijos los *galid* que suponen en casi todas las casas que ellos habitan, pues muchos tienen hasta nombre particular. Delante de la puerta, á un lado de las sepulturas, tienen la habitación para dicho *galid*, que consiste en una especie de arca levantada del suelo por un pedestal que no carece de cierta gracia y adorno. Están cubiertas con un tejadito de nipa, y pintadas lo mejor que ellos saben y pueden. Dentro suelen poner racimos de bonga (que es lo que ellos mastican con hojas de buyo y cal) y algunos cocos, todo para tener contento al misterioso y temible habitante de la casita. Muchas veces me he llegado hasta ella y he metido la mano como para coger algo de lo que hay dentro, ó con el palo he dado golpes llamando al huésped, que nunca ha respondido, todo para desengañar é ir quitando la afición de estos infelices á tan tristes y supersticiosas



NORUEGA.— El lago Roeldalsvand. (Pag. 279)



NORUEGA.—Seljestadjuv con el Folgefonden en el fondo. (Pág. 278)

creencias. Después les pregunto: «¿Dónde está el *galid*?» y ellos se ríen y contestan cualquier cosa.

Hay dos clases de *deidades* que merecen mención particular. No tienen casa para habitar, sino que hay ciertos hombres y también mujeres, que son como sus amigos íntimos, comunican con ellos y les mandan hacer algunas operaciones.

De la primera clase son los que llaman *galid de malasac*, esto es, espíritu ó deidad de carpintería. Los amigos de éste son poquísimos, y es indispensable que sepan trabajar muy bien en madera: las dos principales operaciones ó maleficios que hacen por medio de su *galid* son matar á cualquiera y encontrar sus herramientas de trabajo si alguno las roba. Para matar á uno tiene éste que haber trabajado junto con él en la misma obra; entonces en lugar retirado dibuja ó forma una figura que represente de algún modo á la víctima; invoca á su *galid*, levanta el hacha, pide que mate á fulano (nombrándolo), y acto continuo descarga el golpe sobre la figura que parte en dos mitades. El crimen está consumado: el aludido muere de repente ó en la misma noche. Hace poco que ha muerto casi de repente un jefe de un pueblo vecino; los principales de este nuestro pueblo lo han creído muerto por uno de estos maleficios, y le han impuesto una gran multa al supuesto autor, que tal vez le hubiera costado la vida á no haberlo pagado con dinero. Un anciano natural de Marianas, que está aquí muchísimos años, me ha asegurado que una noche uno de estos hombres hizo en presencia suya el tal maleficio, en la forma que queda dicho,

y que al día siguiente estaba muerto el otro, sin prece-der enfermedad.

Para encontrar las herramientas robadas va al lugar del trabajo, ase al fuego el copra de un coco hasta que eche humo, lo pone y reparte en hojas de árbol á manera de platos, lo ofrece al *galid* y le manda que vaya á buscar lo que le han robado: luego enferma de gravedad el que las ha robado, y no mejora hasta que las devuelve á donde estaban.

A uno de éstos que trabaja una piragua cerca de nuestra casa le hemos escondido en nuestra casa dos de sus herramientas por ver si las encuentra su *galid*; mas el tonto no ha sabido donde estaban, ni nos ha puesto enfermos á nosotros.

—Haz tú esa operación que sabes, le decíamos, para que tu *galid* te busque lo que te han quitado.

El se reía, y suponemos que lo habrá hecho en secreto; pero ni por esas. Al fin, después de más de dos meses las hemos puesto en su lugar, desengañando al infeliz que tales cosas cree y practica.

Los amigos é inspirados por la otra clase de *galid* hacen la evocación de algunas almas, y muchos sortilegios y adivinaciones. Sobre la evocación de las almas hablaré después cuando describa otro acto de *nigromancia*.

Los sortilegios los hacen abriendo muchos cocos ó bongas, y observando ciertas señales de dentro de las tales frutas, y también en el modo de rasgarse la corteza, y otras tonterías parecidas. Pero para responder á las consultas sobre salud ó muerte de algún enfermo,

ó cualquiera otra cosa que quieran preguntar ó consultar, le tienen preparada una gran cantidad de estos *buyos* que ellos mastican, que es: una fruta de bongá, una hoja de buyo y mucha cal en polvo, formando con estas tres cosas un envoltorio y como paquetito que lo meten en la boca y lo mascan muy bien, tirándolo después de la boca (advierto que uno de éstos basta para marear á uno que no esté acostumbrado, más que si fuera una fuerte bebida). De éstos, pues, le van presentando al tal *brujo*, y uno tras otro los va mastcando hasta que ya no sabe lo que se pesca, ni lo que habla, y este precisamente es el momento deseado; pues entonces se cree y le creen todos inspirado por su *galid*; da su fallo, que para ellos es cosa *inlible*, y los infelices se marchan tan conformes, después de haberle dado una buena moneda. Después ponen en práctica lo que el otro les ha dicho (aunque sea sacarle los dientes, ó pegar fuego á la casa del vecino).

Ahora viene toda la caterva de *galids* que podemos llamar errantes, pues los creen y suponen en los bosques, en los hoyos de agua donde ellos se lavan, dentro de ciertas grandes piedras y en el interior del tronco de ciertos grandes árboles. Para hacer la piragua ó embarcación de que antes hablé querían cortar uno de estos árboles cerca de nuestra casa: un día se viene el interesado y nos dice:

—Padres, vengo á pedirlos un favor: queremos cortar ese grande árbol, y tenemos miedo al *galid* que tiene dentro: venid vosotros, y haced esa cosa buena que sabéis para que se marche lejos, y no venga hacia nosotros al caer el árbol y nos dañe.

—No os hará ningún mal, le contestamos, porque desde que plantamos la cruz delante de nuestra casa, todos los alrededores han quedado libres del *galid*.

Con esto se quedaron satisfechos, y se fueron á cortar el árbol. Pero sigamos enumerando: hay además de los dichos, *galid* (deidad ó espíritu) que preside los grandes trabajos ú obras que hacen los hombres en común; *galid* de comilonas, de discordia, de lascivia, y sobre todo es digno de notar el *galid* del mar. Estos son muchos, y los hay de los dos sexos: habitan en las profundidades junto á las grandes peñas, y tienen á su cuidado ciertos peces. Cuando uno pesca uno de esos peces, si lo come se enfada el *galid* que lo cuidaba, y en castigo entra en el vientre del que lo ha comido y le atormenta. ¡Infelices! deben ser pescados muy dañinos, y, claro está, si los comen enferman. Ordinariamente las enfermedades del estómago las atribuyen siempre á estos supuestos *seres*, aunque no hayan comido el tal pescado: también atribuyen á la influencia y artificio de los mismos (de distinto sexo que el de la persona en quien influyen) ciertos accidentes de la vida. En una ocasión me rogaba un hombre que hiciera yo salir el *galid* del mar del vientre de su hijo, que se moría.

—¿Para que ha de querer ese *galid* estar en el vientre de tu hijo, le dije, teniendo el mar tan grande? Déjate de esas cosas; tu hijo no tiene lo que tú dices, sino que está flojo porque no come, y no anda nada.

Cualquier enfermedad la atribuyen al *galid*: si les duele el costado, si el estómago, si se les hincha una

pierna ó un brazo, es un *galid* que se les ha entrado y les atormenta: en seguida le fabrican una casita-tabernáculo al lado de su casa, y le ruegan que pase á ella y deje en paz al paciente.

FLORES DE COREA

POR UN PADRE DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

I

Los primeros apóstoles de Corea (continuación)

Al acercarse el año 1784 Seng Hu J uni6se á la caravana que se dirigía á la China. Al cabo de tres meses de marcha penosísima, por los malos caminos de Corea y á través de las llanuras glaciales de Mandchuria, los viajeros hicieron su entrada solemne en la capital del Imperio del Centro. Su traje nacional y su cabeza desprovista de la larga trenza china eran naturalmente objeto de asombro para los vecinos civilizados de la gran ciudad.

En la primavera siguiente Seng Hu J estaba de nuevo en compañía de sus amigos de Corea, y con el entusiasmo de un joven viajero les dió cuenta de las maravillas que le había sido dado admirar en tan largo viaje. Piek J, que acudió de los primeros, recibió lleno de alegría los libros tan deseados de la Religión cristiana. A fin de estudiarlos con detenimiento, se retiró algunos días, y en la soledad el trabajo de la gracia se completó en su espíritu y en su corazón. Ilustrado por la sencilla exposición de los dogmas del Cristianismo, pronto no tuvo más que un deseo, el de hacerse bautizar, y hacer partícipes de su dicha á todos sus conciudadanos anunciándoles la buena nueva.

El ejemplo de su amigo Seng Hun J movióle también á obrar así, pues aprovechando su permanencia en Pekín el joven literato había visitado al Obispo de los misioneros, y después de serias reflexiones, tocando la gracia su corazón, con permiso de su padre recibió el bautismo. Al saludar en él los fundamentos de una nueva Iglesia, el sacerdote le impuso el nombre del primero de los Apóstoles, piedra fundamental de la Iglesia de Jesucristo.

Transportado por la lectura de aquellos libros tan sencillos y al mismo tiempo tan profundos, que formaban contraste con las doctrinas contradictorias y embrolladas de los libros sagrados de su país, Piek J hizo propaganda entre sus amigos. Sus razonamientos, tomados de obras tan serias, eran claros é indestructibles. Su elocuencia natural embellecía sus discursos, y su celo por la verdad íbale ganando algunos discípulos. Seguro del éxito si lograba convertir á algunos poderosos literatos tenidos como oráculos por sus conciudadanos, dirigióse á ellos con la esperanza de encontrar en sus personas un apoyo decisivo para la nueva doctrina. Muchos se sintieron emocionados, casi convencidos, y aprobaban la Religión de Piek J. Otros, por diferentes motivos, le oponían objeciones que quedaban desvanecidas ante las respuestas perentorias del elocuente doctor, y retirábanse mortificados por ver en

peligro su ciencia y su reputación de sabios. Resolvieron, pues, que los doctores más famosos midiesen sus fuerzas con Piek J, para retraerle de unas novedades que arrastraban ya á muchos espíritus rectos. Durante tres días discutieron con él en conferencia solemnísima, que fué un triunfo para la verdad, pues toda su ciencia y ardor no lograron otro objeto que hacer patente la superioridad de Piek J. «El, en efecto, añaden las relaciones coreanas, constantemente concorde consigo mismo, en esas contiendas del espíritu nada exponía sin probarlo. Su palabra clara y brillante derramaba por todo la luz; su argumentación resplandecía como el sol, hería como el viento y cortaba como el sable.»

Existía entonces un célebre doctor llamado Kuen, el mayor de cinco hermanos, todos notables por su mucha ciencia. El había sido el iniciador de las famosas conferencias de la pagoda de que ya hemos hablado. Piek J deseaba vivamente atraérselo; fué á verle, é hizo brillar con tanto encanto la verdad á los ojos del célebre doctor, que le dejó plenamente convencido. Este, sin embargo, temiendo tal vez la opinión pública, no quiso declararse todavía abiertamente por la nueva doctrina. Su tercer hermano fué más animoso, y se decidió á poner en el acto su conducta de acuerdo con sus convicciones. Pidió, pues, el bautismo, y resolvió dedicarse con Piek J á la predicación del Evangelio.

Su amigo común Pedro Seng Hun J derramó por sí mismo el agua sobre la cabeza de los dos nuevos apóstoles. Piek J, como otro Precursor, había preparado la obra de la conversión de Corea, y tomó el nombre de Juan Bautista en el bautismo. Kuen, que deseaba dedicarse por entero á la predicación de la verdad, tomó á San Francisco Javier por modelo y patrón. Su ejemplo, apoyado con vivas instancias cerca de sus parientes y amigos, fué seguido por muchos. La verdad fué propagándose, y los nuevos discípulos, convertidos á su vez en apóstoles, anunciaban á todos la buena nueva con la doble autoridad de su nobleza y de su gran renombre de literatos y sabios.

Entre los bautizados por Javier Kuen había un joven que había venido de la provincia de Nai-lo para estudiar con tan sabio maestro. Después de haber recibido de él, con el beneficio de la ciencia, el de la Religión, Luís Gonzaga Ni, el nuevo convertido, partió en seguida para trabajar en la conversión de su propia familia y de sus conciudadanos. Así fundóse en la provincia de Nai-Po una cristiandad que debía más tarde ilustrarse por su fervor y el gran número de sus mártires. Como la centella en la paja, la nueva doctrina hacía rápidos progresos, y en poco tiempo conquistó todas las provincias vecinas á la capital, suscitando en todas partes vivas oposiciones, pero encontrando asimismo por do quiera las simpatías de las almas rectas.

Dios permitió por aquel tiempo que la Religión anunciada por tan celosos neófitos fuese combatida por violentas contradicciones, para demostrar que esta obra no era del hombre, sino suya. El árbol de la fe, desde

que ha echado raíces, para crecer y desarrollarse rápidamente tiene necesidad de ser sacudido y agitado por el viento de las persecuciones. Solamente entonces ahonda más profundamente sus raíces en el corazón de los pueblos, y desafía el furor de las pasiones de los hombres.

En la corte se había ya hablado hacía mucho tiempo de la nueva Religión. El rey que ocupaba á la sazón el trono de Corea, sentía mucha predilección por las letras y las ciencias, y así, aunque fuese muy adicto á las supersticiones nacionales, no quiso sin embargo condenar el Cristianismo sin previo examen. Pero en Corea, lo mismo que en otros países, aun los civilizados, el rey no tiene otra autoridad que la que le dejan omnipotentes ministros, y de la corte parten órdenes que distan mucho de ser la expresión de la voluntad real.

Desde el principio muchos elevados personajes habían disputado con Piek J, y no pudieron contestar victoriosamente los argumentos del valiente defensor del Cristianismo. Su vanidad de sabios quedó lastimada, pues en ninguna parte el hombre es insensible á la burla del público. Esto, y los odios políticos y rivalidades de familia, fueron más que suficientes para que condenasen desde luego la doctrina nueva y sobre todo á los que la predicaban. Además el Cristianismo hacía tabla rasa de las tradiciones de los antepasados, no queriendo tolerar ningún culto con el del verdadero Dios, ni siquiera el del gran filósofo chino Confucio, ó los de las otras sectas aprobadas ó rechazadas indiferentemente por los literatos. Tamaña intolerancia y tan gran menosprecio respecto á tantos prejuicios, preciosa herencia de sus abuelos, herían harto los espíritus mezquinos para que no excitase luego el odio y el rencor de tales enemigos.

A fin de contener los progresos de la doctrina cristiana, el preceptor del rey lanzó una circular violenta en la que pretendía demostrar la falsedad del Cristianismo, y lo condenaba solemnemente. Terminaba el documento exhortando á cada uno á romper «con esos seres corrompidos que venían á atacar el culto de los antepasados para substituirlo por esa Religión perversa y contraria á la naturaleza.» El poderoso filósofo hubiera querido añadir á todo eso argumentos más perentorios, y usar de medios más radicales con los nuevos convertidos. No se atrevió, sin embargo, á ir más lejos por el momento: la influencia y alta consideración que la mayor parte de ellos gozaban entre el pueblo, le hicieron adoptar por el pronto temperamentos de moderación.

Mas en breve, cambiando de conducta, resolvió sondear la opinión pública, al mismo tiempo que atemorizar á los neófitos con un golpe de efecto.

Apenas había transcurrido un año desde que el Cristianismo penetró en Corea, cuando por orden del ministro de lo criminal, que secundaba las miras hostiles del preceptor del rey, se arrestó por motivos de religión á un intérprete de la corte, llamado Tomás. Este hombre animoso, convertido recientemente, á nadie ocultaba su fe ni se recataba de proclamar públicamente la necesidad de hacerse cristiano.

Conducido á la presencia del tribunal, intimáronle que renunciase á sus culpables errores, y le torturaron cruelmente; mas nada quebrantó la constancia de Tomás. Sostenido por la gracia, resistió á todas las sollicitaciones, lo mismo que á los malos tratamientos de los verdugos. Kuen al tener noticia de lo que sucedía, acudió al pretorio con otros cristianos, y tomó la defensa del neófito.

—¿Cuál es el crimen de este hombre? exclamó dirigiéndose á los jueces. ¿Le tratáis así porque es cristiano? En tal caso nosotros merecemos también los mismos castigos, pues somos cristianos como él.

Contúvose el juez y retrocedió ante Francisco Javier Kuen y sus poderosos amigos, si bien en el fondo de su corazón le juró odio implacable. Tomás fué condenado al destierro, donde sucumbió pronto á sus heridas. Tal fué el fin de este valiente cristiano, primer anillo de la larga cadena de mártires, que debía unir de una manera imperecedera la Iglesia naciente de Corea á la madre espiritual de todos los cristianos, la Santa Iglesia católica.

nasen unas doctrinas que á tantos peligros les exponían. Si entonces la naciente Iglesia de Corea pudo envanecerse del valor de cierto número de sus hijos, por desdicha tuvo también que deplorar muchas debilidades y aun escandalosas defecciones.

Hasta aquel tiempo Piek J y Seng Hun J habían trabajado con mucho celo por la propagación de la Religión, y aparecían á los ojos de todos como las dos columnas de la Iglesia de Corea. Pues bien, ambos fueron de los primeros en flaquear, justo castigo de un secreto orgullo, según se dice, ó de una miserable ambición. Movidó por el temor de ver á su hijo envuelto en la persecución que amenazaba á todos los cristianos, el padre de Piek J le suplicó que rompiese con ellos, amenazándole en caso contrario con darse la muerte en su presencia. Turbóse Piek ante espectáculo tan aflictivo para su amor filial, y el en otro tiempo tan valeroso defensor de sus opiniones, vaciló y pronunció algunas palabras de apostasía. Sin duda su corazón distaba mucho de estar concorde con sus labios, pues desde luego cayó en mortal tristeza. Aumentó sus remordimientos



GABÓN.— Un catequista y su gente. (Pág. 279)

El fin cruel de Tomás produjo hasta cierto punto el efecto que se proponía el ministro, y heló de espanto á los corazones débiles. Acostumbrados á mirar las órdenes reales como oráculos, los coreanos no pudieron menos, sino de aprobar la conducta del ministro, siquiera de temer su cólera. Los parientes y amigos de los nuevos cristianos, por un sentimiento de afecto natural, se esforzaron con súplicas y amenazas para que abando-

el ver que aquellos á quienes había convertido se apartaban de él, y algunos años después abandonado de todos, murió miserablemente de la peste.

La divina misericordia, que obró tan grandes cosas por este infortunado, tal vez se dignaría tocarle el corazón en la hora de su muerte, como muchos atestiguaron.

Pedro Seng Hun J tuvo suerte más lamentable todavía. Un hermano que siempre le persiguió en su fe, redobló entonces sus instancias para que la abandonase. Por otro lado la ambición y el deseo de altas dignidades tentaron á aquel carácter, ya muy inconstante. Cuando vió que los favores de la corte se alejaban de los cristianos, renunció públicamente al Cristianismo, y á fin de consumir su apostosía quemó sus libros y objetos de religión. Fué más lejos aún, pues para la-

de que no podía librarse. ¡Ay! él, el primer cristiano de Corea; él, que había traído la fe á sus hermanos, fué á la muerte con los mártires sin ser mártir: condenado y ejecutado como cristiano, murió como renegado.

Muerte espantosa, que hizo estremecer á los mismos paganos; fin desastroso, que debe recordarnos á todos que nuestra fe, si no se apoya en Dios, está encerrada en vasos muy frágiles, y que, aun los que Dios escoge



MADAGASCAR.—Tananarive: Damas hovas. (Pág. 286)

varse á los ojos de los paganos del crimen de haber sido cristiano, publicó por todas partes su cobarde deserción.

Sin embargo, Dios en su misericordia infinita le tendió por última vez su bienhechora mano. A pesar de todo lo que había hecho para disculparse, ciertos enemigos implacables no le habían perdonado su fe y su celo por la Religión cristiana: al cabo de quince años tomaron ocasión de una persecución general para vengarse de él, y obtuvieron que se le encarcelase. Confundido maliciosamente por sus enemigos con cristianos fervientes, fué juzgado con ellos y condenado por el mismo crimen.

¡Magnífica y postrera ocasión, que Nuestro Señor ofrecía aún á aquella alma débil, de reparar con una palabra sus reiteradas apostasías, y de recuperar así, de un solo golpe, todos sus méritos perdidos! Cristiano ó no, inevitablemente debía morir. Un arrepentimiento sincero, un simple acto de amor de Dios, en aquel momento supremo, convertía en triunfo el horrible suplicio

para anunciar su palabra, deben temer siempre, con el grande Apóstol, ser reprobados después de evangelizar á los demás.

Así, para implantar la fe en Corea, sirviéndose de vías tan maravillosas, Dios nos muestra admirablemente que todos los medios son buenos á su omnipotencia para realizar los designios de su misericordia, mientras que nadie debe considerarse como instrumento necesario á sus obras divinas. Sirvióse de paganos para predicar el Evangelio en aquel país, revistió sus discursos con el esplendor de la ciencia y de la sabiduría humanas, y le prestó por algún tiempo el apoyo de los nobles y de los poderosos. En vez de referir al Autor de todo don perfecto el honor de su éxito, apenas esos apóstoles de un día echaron una mirada de vana complacencia sobre lo que creían su obra, Dios se retiró de ellos. Cayeron con ignominia, y otros más humildes que ellos ocupan su lugar. Libre en adelante del apoyo de esos brazos de carne que se creían sus sostenes nece-

Conducido á la presencia del tribunal, intimáronle que renunciase á sus culpables errores, y le torturaron cruelmente; mas nada quebrantó la constancia de Tomás. Sostenido por la gracia, resistió á todas las sollicitaciones, lo mismo que á los malos tratamientos de los verdugos. Kuen al tener noticia de lo que sucedía, acudió al pretorio con otros cristianos, y tomó la defensa del neófito.

—¿Cuál es el crimen de este hombre? exclamó dirigiéndose á los jueces. ¿Le tratáis así porque es cristiano? En tal caso nosotros merecemos también los mismos castigos, pues somos cristianos como él.

Contúvose el juez y retrocedió ante Francisco Javier Kuen y sus poderosos amigos, si bien en el fondo de su corazón le juró odio implacable. Tomás fué condenado al destierro, donde sucumbió pronto á sus heridas. Tal fué el fin de este valiente cristiano, primer anillo de la larga cadena de mártires, que debía unir de una manera imperecedera la Iglesia naciente de Corea á la madre espiritual de todos los cristianos, la Santa Iglesia católica.

nasen unas doctrinas que á tantos peligros les exponían. Si entonces la naciente Iglesia de Corea pudo envanecerse del valor de cierto número de sus hijos, por desdicha tuvo también que deplorar muchas debilidades y aun escandalosas defecciones.

Hasta aquel tiempo Piek J y Seng Hun J habían trabajado con mucho celo por la propagación de la Religión, y aparecían á los ojos de todos como las dos columnas de la Iglesia de Corea. Pues bien, ambos fueron de los primeros en flaquear, justo castigo de un secreto orgullo, según se dice, ó de una miserable ambición. Movidó por el temor de ver á su hijo envuelto en la persecución que amenazaba á todos los cristianos, el padre de Piek J le suplicó que rompiese con ellos, amenazándole en caso contrario con darse la muerte en su presencia. Turbóse Piek ante espectáculo tan aflictivo para su amor filial, y el en otro tiempo tan valeroso defensor de sus opiniones, vaciló y pronunció algunas palabras de apostasía. Sin duda su corazón distaba mucho de estar concorde con sus labios, pues desde luego cayó en mortal tristeza. Aumentó sus remordimientos



GABÓN.— Un catequista y su gente. (Pág. 279)

El fin cruel de Tomás produjo hasta cierto punto el efecto que se proponía el ministro, y heló de espanto á los corazones débiles. Acostumbrados á mirar las órdenes reales como oráculos, los coreanos no pudieron menos, sino de aprobar la conducta del ministro, siquiera de temer su cólera. Los parientes y amigos de los nuevos cristianos, por un sentimiento de afecto natural, se esforzaron con súplicas y amenazas para que abando-

el ver que aquellos á quienes había convertido se apartaban de él, y algunos años después abandonado de todos, murió miserablemente de la peste.

La divina misericordia, que obró tan grandes cosas por este infortunado, tal vez se dignaría tocarle el corazón en la hora de su muerte, como muchos atestiguan.

Pedro Seng Hun J tuvo suerte más lamentable todavía. Un hermano que siempre le persiguió en su fe, redobló entonces sus instancias para que la abandonase. Por otro lado la ambición y el deseo de altas dignidades tentaron á aquel carácter, ya muy inconstante. Cuando vió que los favores de la corte se alejaban de los cristianos, renunció públicamente al Cristianismo, y á fin de consumir su apostosía quemó sus libros y objetos de religión. Fué más lejos aún, pues para la-

de que no podía librarse. ¡Ay! él, el primer cristiano de Corea; él, que había traído la fe á sus hermanos, fué á la muerte con los mártires sin ser mártir: condenado y ejecutado como cristiano, murió como renegado.

Muerte espantosa, que hizo estremecer á los mismos paganos; fin desastroso, que debe recordarnos á todos que nuestra fe, si no se apoya en Dios, está encerrada en vasos muy frágiles, y que, aun los que Dios escoge



MADAGASCAR.—Tananarive: Damas hovas. (Pág. 286)

varse á los ojos de los paganos del crimen de haber sido cristiano, publicó por todas partes su cobarde deserción.

Sin embargo, Dios en su misericordia infinita le tendió por última vez su bienhechora mano. A pesar de todo lo que había hecho para disculparse, ciertos enemigos implacables no le habían perdonado su fe y su celo por la Religión cristiana: al cabo de quince años tomaron ocasión de una persecución general para vengarse de él, y obtuvieron que se le encarcelase. Confundido maliciosamente por sus enemigos con cristianos fervientes, fué juzgado con ellos y condenado por el mismo crimen.

¡Magnífica y postrera ocasión, que Nuestro Señor ofrecía aún á aquella alma débil, de reparar con una palabra sus reiteradas apostasías, y de recuperar así, de un solo golpe, todos sus méritos perdidos! Cristiano ó no, inevitablemente debía morir. Un arrepentimiento sincero, un simple acto de amor de Dios, en aquel momento supremo, convertía en triunfo el horrible suplicio

para anunciar su palabra, deben temer siempre, con el grande Apóstol, ser reprobados después de evangelizar á los demás.

Así, para implantar la fe en Corea, sirviéndose de vías tan maravillosas, Dios nos muestra admirablemente que todos los medios son buenos á su omnipotencia para realizar los designios de su misericordia, mientras que nadie debe considerarse como instrumento necesario á sus obras divinas. Sirvióse de paganos para predicar el Evangelio en aquel país, revistió sus discursos con el esplendor de la ciencia y de la sabiduría humanas, y le prestó por algún tiempo el apoyo de los nobles y de los poderosos. En vez de referir al Autor de todo don perfecto el honor de su éxito, apenas esos apóstoles de un día echaron una mirada de vana complacencia sobre lo que creían su obra, Dios se retiró de ellos. Cayeron con ignominia, y otros más humildes que ellos ocupan su lugar. Libre en adelante del apoyo de esos brazos de carne que se creían sus sostenes nece-

sarios, la obra de Dios multiplica sus progresos, y fuerte en su aparente debilidad, conquista más fácilmente los pequeños y los pobres, que están más cerca del reino de los cielos. Dios prefirió servirse de lo que hay más débil en este mundo, á fin de confundir á los poderosos.

EXCURSIÓN APOSTÓLICA EN NORUEGA

POR EL ILMO. FALLIZE, OBISPO DE ELUSA

IV

La hospitalidad noruega.—Desarrollo de la instrucción pública.—Magníficas é imponentes jornadas

CASI en todos los cortijos que encontraba al subir por el valle de Groensdalselv, me detenía para saludar al dueño y aceptar un vaso de leche ú otro refresco, que la hospitalidad tiene siempre pronta para el visitante. Según la costumbre del país, explicaba yo quién era, de dónde venía y á dónde iba, lo que me proporcionaba ocasión para hablar de la Religión católica, y contestar á las numerosas preguntas que nunca dejaban de hacérseme sobre nuestra Santa Iglesia. Esta curiosidad de la población nos permite hacer la propaganda más natural del mundo en todos nuestros viajes. De esta manera se han disipado infinidad de prejuicios, y se prepara el camino para la verdad. La tarea es tanto más fácil cuanto la religión, en todos los círculos de la sociedad noruega, es un tema favorito de conversación: nadie ridiculiza nunca al Cristianismo: el mal aconsejado que lo hiciese quedaría excluido de la buena sociedad. La inteligencia innata del noruego y la amplitud de sus conocimientos nos sirven de auxiliares preciosísimos en esas conversaciones familiares.

Noruega ocupa uno de los primeros puestos de Europa en lo que atañe al desarrollo de la instrucción. Tiene excelentes maestros, y á pesar de las distancias enormes que deben recorrer los niños para dirigirse á las escuelas municipales, son éstas frecuentadísimas, y sus deficiencias las suplen los padres, y sobre todo las madres, en las prolongadas veladas de invierno. Todo el mundo sabe leer y escribir, y no hay en Noruega boardilla de portero ó choza de *husmand* que no reciba su periódico.

Hay que añadir á esto que el noruego viaja mucho en todos los países, y que sus doce mil buques mercantes le proporcionan ocasión de estudiar las regiones más remotas de la tierra. El Estado hace continuamente circular maestros ambulantes para enseñar á los campesinos los últimos inventos y mejoras agrícolas; al pescador, los descubrimientos más recientes hechos en la industria en que cifra su subsistencia; al pobre *husmand*, la escultura y el cincelado de la madera; á su mujer, el arte de tejer y bordar objetos que serán exportados á todas las partes del mundo, y al simple aldeano el secreto de crear esos magníficos trabajos de filigrana que admiran al joyero de París. Desde luego se comprende, pues, que para trabajar con fruto en Noruega, el obrero apostólico tiene que ir provisto de un

bagaje intelectual poco común, y que nuestras escuelas católicas, para satisfacer las necesidades del país y no quedar eclipsadas por las escuelas públicas exigen un personal de primer orden.

Habíamos abandonado la última hacienda. De vez en cuando veía aún, aislada, algunas casuchas donde, durante el estío, el campesino almacena el heno recogido en cortas extensiones de tierra más fértil, hasta tanto que el invierno le proporciona camino para transportarlo á la hacienda. Habíamos ya pasado la región de los bosques de abetos, y la vista descubría solamente algunos mezquinos abedules, que á su vez iban á desaparecer.

Ensanchábase el panorama, y tras de los campos de hielo y nieve del Folgefonden, multitud de picos lucientes cerraban á los lejos el horizonte por el Norte. Constantemente íbamos subiendo. El camino cruza el Seljestadvu (V. *el grabado*, pág. 273), desfiladero agreste y profundo, sube serpeando el Hesteklev, pasa cerca de una ruidosa cascada, y nos conduce por fin á Seljestad, estación solitaria, instalada en un desierto pedregoso. En las paradas el viajero tiene derecho á requerir en todo tiempo, tanto de noche como de día, un calesín y un nuevo caballo por estipendio fijo, comúnmente diecisiete *oere* (veinticuatro céntimos) por kilómetro, pudiendo, además, descansar y pernoctar en ellas.

Después de una frugal comida me instalé en el nuevo calesín, y proseguimos la marcha. El camino sube dando vueltas y más vueltas, y pronto desaparece en una puerta formada por dos enormes peñascos. No sin estremecimiento de terror vi á mi derecha una espantosa sima, en la que se precipita una cascada, y casi sobre mi cabeza un muro de granito, que se levanta hasta las nubes. Un paso en falso del caballo nos costaría la vida; pero conoce el camino y se lanza al galope, como si trotase por el adoquinado de Cristianía. Paulatinamente la vista se acostumbra al horror de cuanto la rodea: no hay un árbol, ni la menor brizna de hierba, nada más que bloques de piedra, amontonados unos sobre otros, y ennegrecidos por las brumas y las aguas de la nieve derretida, que las humedecen de continuo. Aquí quebradas inmensas, que parecen penetrar hasta las entrañas de la tierra, y donde mugen torrentes misteriosos; allí hendiduras llenas de hielo y nieve, que el sol no ha derretido aún en el mes de Septiembre, y allá arriba, en aquellas cúpulas de granito, la nieve perpetua de inmaculada blancura refleja los rayos del sol y deslumbra al viajero.

Para salir de este émulo del *Val Tremola* el camino sube por circuitos el muro gigantesco que cierra su salida por el Sur: cuanto más uno sube, más tiembla al medir con la mirada aquellas profundidades que horrorizan, y piensa en los infelices viajeros que se ven obligados á frecuentar tales sitios en el corazón del invierno, cuando el camino está cubierto de hielo (V. *el grabado de la pág.* 269); por todas partes los aludes amenazan aplastarles, y se desencadena sobre sus cabezas el furor de las tempestades. Y sin embargo, este es el único camino con que se ha podido unir toda la parte Sur de Noruega con los fjords del Oeste y con Bergen.

Llegamos, finalmente, al punto culminante de la ruta, tres mil ciento dos pies sobre el nivel del Odde, nuestro punto de partida. Al extremo de un lago de la montaña, para que nuestra cabalgadura pudiera cobrar aliento, hicimos alto, y al bajar del calesín éste se la dejó por haberse caído un tornillo durante el viaje. Pálidos de terror nos preguntamos qué hubiera sido de nosotros á ocurrir el percance cinco minutos antes. Hubiéramos perecido infaliblemente.

Luego que el muchacho hubo recompuesto el calesín, empezamos á bajar por el Sur. A nuestros pies el camino, semejante á una serpiente sin fin, gana dando mil vueltas el valle Horrebrækkene y se pierde al borde del lago Røldalsvand, rodeado de escarpadas colinas, cubiertas con su sombrío manto de abetos. (*V. el grabado, pág. 272*). A la derecha, una cascada salva de un solo salto la cornisa de granito del valle y se lanza al abismo, de donde una nube, dorada por los rayos del sol poniente, se eleva hacia el cielo. En el fondo, el majestuoso pico del Bredfond se levanta desde las ondas del lago para ir á confundir con el cielo su cumbre cubierta de nieve. Y todo este cuadro, cuya belleza obligaría al más incrédulo á adorar al Criador, está inundado de un océano de luz purpúrea. ¡Cuán bella es Noruega, y cuán digna de los cantos de los poetas!

Al bajar, nuestro caballo devora el espacio, y en menos de una hora llega á la puerta de la posada Bredfond, que la Sociedad de excursionistas de Stavanger recientemente ha construído para ofrecer cómodo albergue á los viajeros que desde Stavanger se dirigen á Odde ó han de tomar el camino de Røldal.

Después de una penosa jornada, merecía un prolongado reposo; pero, á fin de no perder tiempo, á las cinco de la mañana siguiente estaba ya en camino. Antes de partir procuré informarme acerca mi viaje al Sætersdal, y el posadero después de consultar el termómetro, que bajó 20° durante la noche, y el barómetro, que anunciaba nieve, me declaró que no quería hacerse cómplice de un suicidio guiándome en tal estación por aquellas montañas, en donde tendría que pasar días enteros á caballo, por sendas impracticables, y en donde por todo albergue sólo hallaría chozas abandonadas, y á cada momento correría peligro de perecer sepultado bajo la nieve. Me conjuró á que, en todo caso, consultase experimentados guías de Næs, á orillas del lago Suledalsvand, donde los senderos que conducen al Sætersdal se destacan del camino de Stavanger.

Proseguí empero mi viaje, bordeando primero el Røldalsvand y luego el Bratnæsely, que vierte las aguas del primero en el Suledalsvand. A cosa de un kilómetro de este último lago el río se interna en una hoz grandiosa, en la que las rocas parece van á desplomarse, y en el fondo de la cual las aguas se precipitan de abismo en abismo con verdaderos aullidos. El camino se ha practicado en los flancos de estas rocas que parecen suspendidas en el aire, y á cada instante tiene que franquear las cascadas dando rodeos ó pasar por angostos túneles. En medio de aquel ruido infernal y en presencia de aquellos precipicios, me veía obligado á cerrar los ojos, temiendo ser presa del vértigo, y si no tiritase ya de frío, me hubiera estremecido de horror por más que se pretende que no conozco el miedo.

EN EL BOSQUE

POR EL R. P. LEJEUNE

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN GABÓN

VI.— Paganos, protestantes y católicos

TIENEN los negros ideas religiosas?

A mi parecer aquellos que lo dudan no conocen al negro. Fiarse del relato de exploradores ó comerciantes cuales ideas religiosas y filosóficas son sumamente confusas, á mi juicio es evidente temeridad.

Sin ensalzar demasiado á los misioneros, puesto que yo lo soy, creo poder afirmar, sin embargo, que más que nadie estamos en disposición de dar noticias seguras sobre el particular. Conocemos sus lenguas y las hablamos, á veces, como el Ilmo. Le Beffre, con tanta perfección como ellos. Comúnmente nos confían gustosos sus secretos, y á cada instante nos piden consejo. En estas ocasiones es cuando vemos el fondo de su corazón; conociéndolo, es fácil juzgarlo, comprender sus simpatías y aspiraciones. Desde entonces el misionero no puede menos de amarle y de dedicarse por entero á su perfeccionamiento.

Todo, pues, nos permite afirmar que los negros tienen una religión.

Conocen á Dios, puesto que conocen su nombre. Entre los mpongües y galoas es Anyambye ó Muanza; entre los pahuínos Nzame, y entre los ivilis Nzambe. En toda el Africa tiene nombre. Más aún: los negros, por lo menos los de estos países, son monoteístas, y he aquí la prueba.

La palabra Muanza en el mpongüe, el galoa, el enenga y el mismo ivili, significa Dios, y carece de plural. Nunca se dice Imuanga ó Simuanga (los dioses). Preguntad la razón de ello, y os responderán: «Imuanga y Simuanga no es mpongüe, ni galoa, ni nada.»

Asimismo entre los pahuínos Nzame significa Dios. El plural sería Benzame ó Menzame, según las reglas. Pues bien, estas palabras no son pahuínas.

Mas, he aquí una objeción:

Anyambye, en mpongüe y galoa, es un nombre en forma plural: luego, los mpongües son politeístas.

El singular de Anyambye sería en efecto, según las reglas, Inyambye: mas, Inyambye no es usado, y nadie comprendería esta palabra.

Aquí se hace necesaria una explicación. Los nombres de nuestras lenguas están generalmente compuestas de un prefijo variable, según el singular ó el plural, y de un radical invariable: la palabra Anyambye, en realidad y por excepción, carece de prefijo, y la *A* inicial forma parte del radical. He aquí porque, en sus acordes con el pronombre, el adjetivo y el verbo Anyambye es constantemente del singular. Sirva esto de contestación á cierto viajero, bien intencionado por otra parte, que provisto de un bagaje filosófico deficiente, advirtió caritativamente á los misioneros que habían tomado una palabra plural para designar al Dios único.

Pero se dirá:

—Y esos ídolos que se ven en las poblaciones ¿no son dioses?

No, y para convencerse de ello basta preguntar á los fetiquistas.

—Este Buiti, esta estatua, ¿es Anyambye ó Muanga ó Nzame?

La respuesta es invariable:

—No.

—¿Qué es, pues?

—Es Buiti.

—¿Quién es Buiti?

—Buiti.

Siempre Buiti y nada más.

—¿Es fuerte este Buiti?

—Sí, fortísimo.

—¿Qué hay dentro?

—Un genio llamado Onyambe.

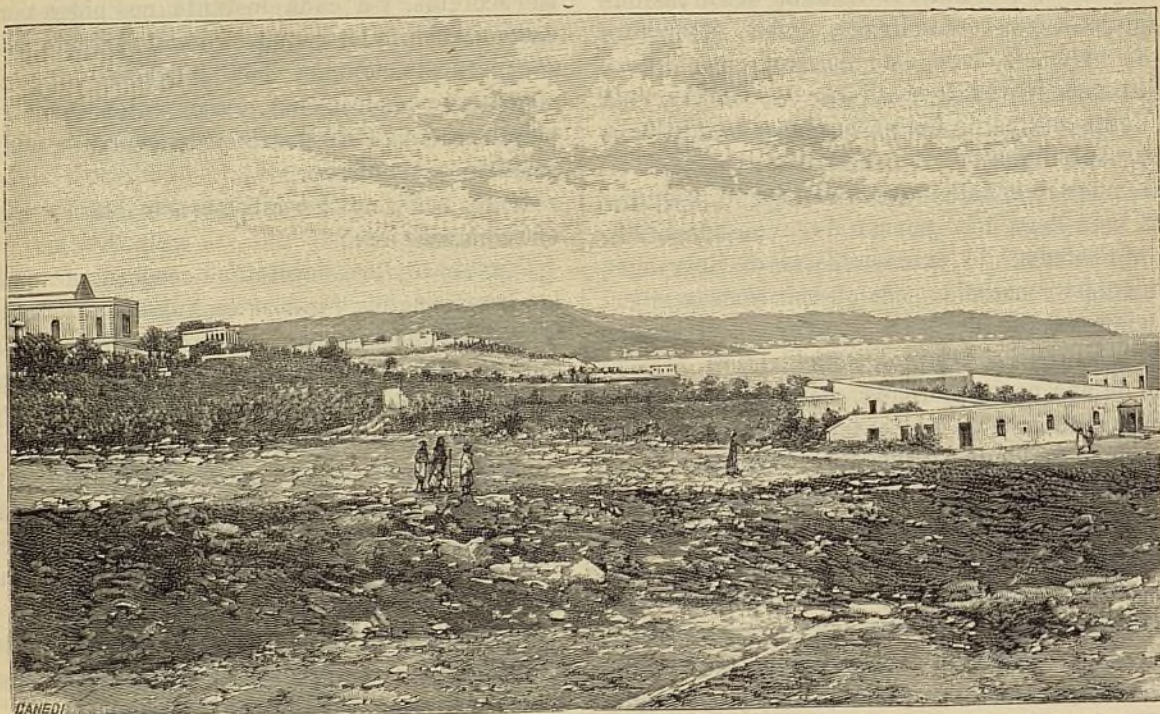
—Y Onyambe, ¿quién es?

—Un espíritu maligno que nos envía las enfermedades y el hambre, y que nos mata.

quiere decir todos, mas la partícula *ghe* intercalada en una palabra indica la universalidad sin excepción.

Sus conocimientos sobre Dios y la creación se reducen á esto. La naturaleza de Dios les es desconocida, lo mismo que la mayor parte de sus atributos, como su inmutabilidad y tal vez su eternidad. Si se lleva más adelante el interrogatorio llégase invariablemente á un «No lo sé,» ó bien: «A ti te toca decírmelo.» *Parvuli petierunt panem...* ¡Ay! sí, *parvuli*, lo son en materia de Religión, pues en realidad no saben más. *Petierunt!* y ¿desde cuándo? Desde Cam. No hace quince años que los primeros misioneros pisaron por vez primera el suelo del Ogowé. ¡Ah! levitas, venid, venid en gran número para que estos salvajes, estos desheredados, estos abandonados puedan decir de hoy más: «¡Sé y creo!»

Tocante al dogma de la vida futura, en la costa y á cien leguas de ella todo el mundo creía en la metempsícosis. El alma se iba á un árbol, á incorporarse en el



CARTAGO.—Vista de la montaña de Gamart. (Pág. 282)

Anyambye, en otros términos, es el diablo.

Y lo mismo todos los ídolos.

Anyambye ó Nzame ó Muanga no tiene ídolos, y no creo que nadie los haya visto nunca.

Llevemos más lejos el interrogatorio, y preguntemos ahora:

—¿Quién es Dios?

Contéstase invariablemente, aun entre los pahuínos más internados en los bosques:

—Nzame ó Anyambye es *Reri yajyo* ó *Esa waza*.

Lo que quiere decir: «Es nuestro Padre.»

—Y ¿qué ha hecho este Padre?

—*Avangi zue* (ó bien en pahuíno, *a nga vel bye*), nos ha criado.

He aquí, además, el dogma de la creación.

Los pahuínos están aún más adelantados en teología, pues dicen: «*Bye becegehece* (nos creó á todos).» *Becece*

cuerpo de un mono, á cualquier parte. Tal es la razón porque aun al presente ciertos individuos no quieren comer carne de mono. Su abuelo, ó mejor su *iambo*, sus manes, entraron en él.

Antes de la llegada de los misioneros paréceme que no creían en el cielo ni en el infierno. Los malos se convertían en espíritus malignos, en *inyambes*, cual traducción perfecta es la que ya he dado: diablos, demonios, espíritus malos. No sufrían, pero hacían sufrir atormentando á los vivos.

Sin embargo, entre los pahuínos, lo que no deja de ser curioso, hay una palabra para expresar el infierno: es *ototolane*, y este *ototolane* es *ndua*, es decir, «del fuego.»

—¿Quiénes son los que van al ototolane?

—Los ladrones y los asesinos.

No van á él los antropófagos, lo que me induce á

creer que el canibalismo no es considerado entre ellos como un crimen contra naturaleza: al contrario, debió ser primitivamente cuestión de sacrificio.

Ninguna leyenda he hallado acerca la creación del mundo, la caída original, la redención ú otros dogmas.

No se ruega ni adora á Dios, que es considerado sobre todo como bueno, y por consiguiente no hay necesidad de ocuparse de El: nunca le dan gracias. Por lo demás, la lengua pahuína carece de esta última palabra. Hacéis un regalo, quien lo recibe se marcha, y está todo concluído. A veces la palabra *muc* (bien), sale de sus labios. Los neopahuínos, avergonzados probablemente de no tener palabra con que dar gracias, han forjado en estos últimos años la voz *abora*. Pero parece nueva, como lo es su significado en el corazón de un pahuíno de pura sangre.

Ahora, con la influencia y los trabajos de los misioneros, ¿qué es esta religión primitiva?

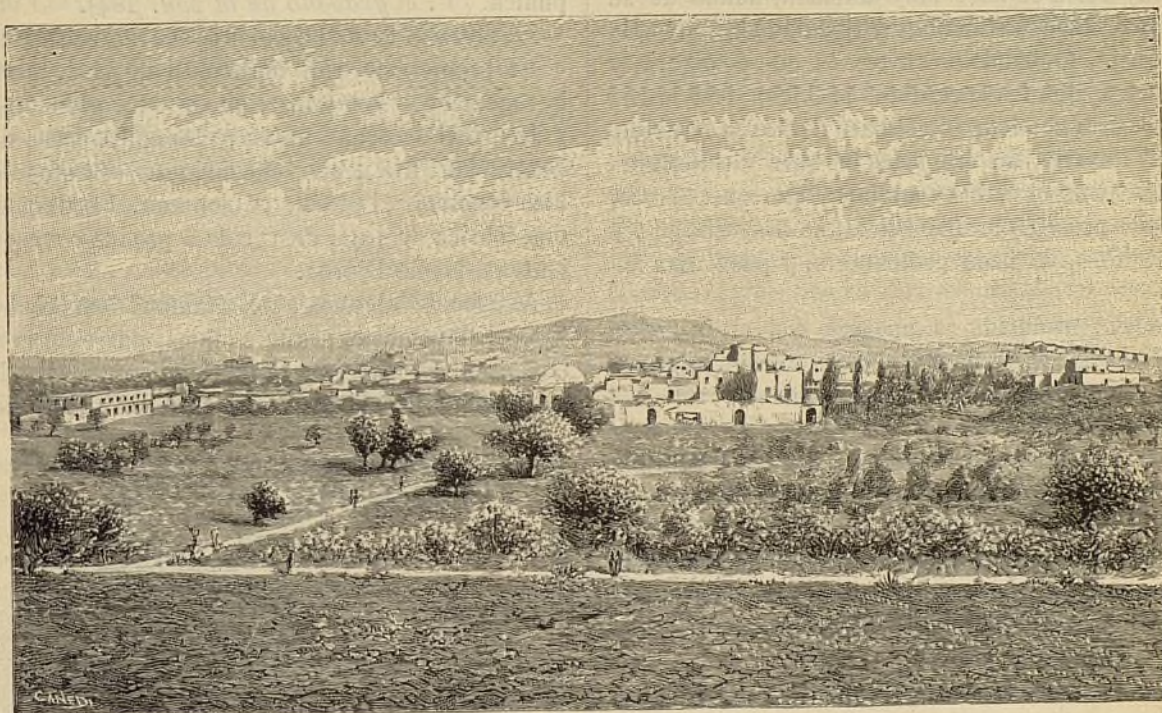
Ante todo, para no confundirnos, es preciso distinguir. Distingamos, pues, entre Religión católica y religión protestante, pues ambas se han instalado en el país. El Protestantismo trabaja, lucha, sufre, y ve sus

Una vez terminadas las primeras instalaciones, nuestros misioneros pudieron dedicarse al ministerio; pero para contrarrestarlas, el Presbiterianismo envió al momento un joven reverendo lleno de ardor, casado y miembro intransigente de la Sociedad de Templanza. ¿Tenía elocuencia? No mucha, pero en cambio estaba dotado de suma audacia. Nervioso, vivo y de voz chillona, iba por todas partes catequizando, predicando, cantando siempre acompañado de cinco ó seis negros, bien pagados, y que no tenían más que hacer que abrir la boca para cantar con él.

Multitud de niños, hombres y mujeres acudían al sermón. Las enaguillas brillantes de los cantores, sus camisas con puños y cuellos postizos, sus sombreros de fieltro, sus zapatos, su luciente leontina, todo atraía vivamente las miradas, y numerosos jóvenes se decían:

—Allí se viste, paga y alimenta bien, sin mucho trabajo. ¡Vayamos á Kongüé!

En aquel tiempo sólo había en el Ogowé factorías alemanas é inglesas. Por lo tanto únicamente se hablaba inglés, que además se enseñaba públicamente en las escuelas presbiterianas, lo que era un atractivo más.



CARTAGO.— Vista de la montaña de Gamart y de parte del pueblo de la Marsa. (Pág. 282)

trabajos, sus combates y sufrimientos coronados por el éxito. No cabe duda que el Catolicismo trabaja y lucha también, y sufre más aún...

Los presbiterianos de América nos han precedido de algunos años en el Ogowé; mas á nuestra llegada habían hecho realmente poca cosa: sus primeros ministros eran más bien exploradores, comerciantes y políticos que verdaderos misioneros. Sólo cuando han visto «la concurrencia católica» han puesto con ardor manos á la obra, lo que hace creer que el celo de nuestros «colegas» lo alimenta más que todo el poco afecto por «la casa de enfrente.»

Dicho joven ministro que, lo repito, trabajaba mucho, bajando y subiendo el río, visitando los pueblos y los lagos, era secundado en sus trabajos por una *Miss* que cantaba también, tocaba el acordeón y enseñaba el inglés. Además, como tenía dinero á discreción, apresuró á poner catequistas en multitud de poblaciones. Ciertamente la mitad de sus obreros apostólicos no sabían leer, pero esto no les impedía explicar á su manera las Epístolas de San Pablo. Los americanos tuvieron el mayor éxito en los años 1885 á 1888.

Por fin, la Administración del Gabón exigió la enseñanza del francés en las escuelas. Al momento se dirigió á Francia al celoso ministro y eligió dos maestros,

uno para Librevilla y otro para el Ogowé. Al mismo tiempo tradujo al mpongüe un opusculito titulado simplemente: *¿Por qué vuestro párroco os prohíbe la lectura de la Biblia?*

El autor no firmó su obra. Contiene asertos tales que es imposible no ver en ella manifiesta mala fe y sin igual pedantería. Desde luego, mi párroco nunca me prohibió leer la Biblia, antes bien me aconsejó su lectura. Lo que jamás creyó mi párroco, ni yo tampoco, es que el primer imbécil que se presente tenga derecho á la asistencia particular del Espíritu Santo para encontrar en la Biblia la explicación de los textos más oscuros, que nunca vieron bien claros los Santos y los Doctores... Sea como fuere, el *tract* comienza así, á la manera de los Diálogos de Platón:

«Paseábame cierto día por los muelles del Sena buscando un libro. Hallé un católico que escogía un devocionario puesto junto á una Biblia, y le dije:

—¿Por qué no tomáis la Biblia?

—¡Oh! porque me lo prohíbe mi párroco.

—Pero ¿no es el libro de Dios?

—Sí, pero únicamente los párrocos pueden leerlo, etc.»

Y la conversión se hace muy animada, dando de su fe el católico razones ridículas, y triunfando el otro sin mucho trabajo, probándole con textos que desfigura, y callando otros, que los sacerdotes prohíben leer la Biblia porque ésta condena el celibato de los sacerdotes, la Misa, el Rosario, las oraciones en latín y otras muchas cosas. Al fin el católico advierte que su párroco, que nunca le prohibió leer la Biblia, es sospechoso... y compra el libro, se hace protestante, y pasa días felices...

El opúsculo, traducido en mpongüe con el título de *Roman-Katolik* fué distribuido con profusión. Algunos exaltados vinieron á mostrárnoslo diciendo:

—¡He aquí tu muerte!

Creí que debíamos contestar, y á nuestra vez hicimos imprimir un folletito de cincuenta páginas, intitulado: *Por qué somos católicos y no protestantes*. Desde entonces el *Roman-Katolik* ha desaparecido, y más de uno de sus antiguos lectores es ahora feligrés del párroco de Lambarené, quien ciertamente no le ha prohibido la lectura de la Biblia.

¡Cosa curiosa! La distribución de Biblias por nuestra parte hace muchísimo efecto, pues se había inculcado á es infelices que nosotros le teníamos un temor interesado. Por desdicha contamos con pocos ejemplares: enviádnos cuantos podáis.

GAMART

Ó LA NECRÓPOLIS JUDÍA DE CARTAGO

POR EL P. DELATTRE, DE LOS MISIONEROS DE ARGEL

No tenemos necesidad de presentar á nuestros lectores el sabio misionero cuyo nombre acabamos de escribir. Sus numerosos trabajos arqueológicos, los honores que han ido á buscarle en su celda de Cartago, las comunicaciones que de él recibe frecuentemente la Academia de Inscripciones, cual mérito comenta toda la prensa, son conocidos de todos y han dado al nombre del eminente Religioso notoriedad europea.

I

GAMART ó Kamart, que se halla escrito Kelmart en los manuscritos árabes, es el nombre de la montaña que termina, al N.N.E., la península de Cartago. Esta montaña se compone de muchas colinas formando valles, cada uno de los cuales tiene un nombre particular: Ved-Sabuni, Ved-Sidi-Rahal, Ved-Kahal, Ved-Mariu, etc. Vese delante de la montaña parte del pueblo de la Marsa, residencia habitual del bey de Túnez y donde el ministro residente de Francia tiene su quinta de verano. En este encantador pueblecito hay una iglesia católica y un asilo bajo la dirección de las Hermanas misioneras de Africa.

En la cumbre de una de las colinas de Gamart hay una construcción arruinada que los excursionistas toman con frecuencia por restos de monumento antiguo. Este monumento, sin embargo, no tiene más allá de cuarenta años y hace más de veinte que se encuentra en el estado de abandono y destartalamiento, que contribuye á que muchos lo tomen por una ruína romana ó púnica. (V. el grabado de la pág. 284).

La historia de este palacio árabe merece ser referida.

El propietario, sidi Mahmud-ben-Aied, ministro de la regencia, lo hizo construir en esta posición aislada y de difícil acceso, á fin de poder embarcarse si caía en desgracia. Para mejor encubrir sus secretos designios hizo construir al pie de la montaña, á orillas del mar, una fábrica de loza, destinada á producir vasos semejantes á los de Djerba.

Al cabo de algunos años Mahmud-ben-Aied salió de Túnez, llevándose, según es fama, parte de la caja del Gobierno. El palacio y la fábrica fueron abandonados, y el primero especialmente no tardó en arruinarse. Cada



Plano de la montaña de Gamart

vez que el bey ó los príncipes de su familia tenían necesidad de materiales de construcción ú ornamentación, enviaban á tomarlos del palacio abandonado. Las puertas y las ventanas, todo el maderamen, los mármoles sobre todo, y los azulejos esmaltados desaparecieron al poco tiempo.

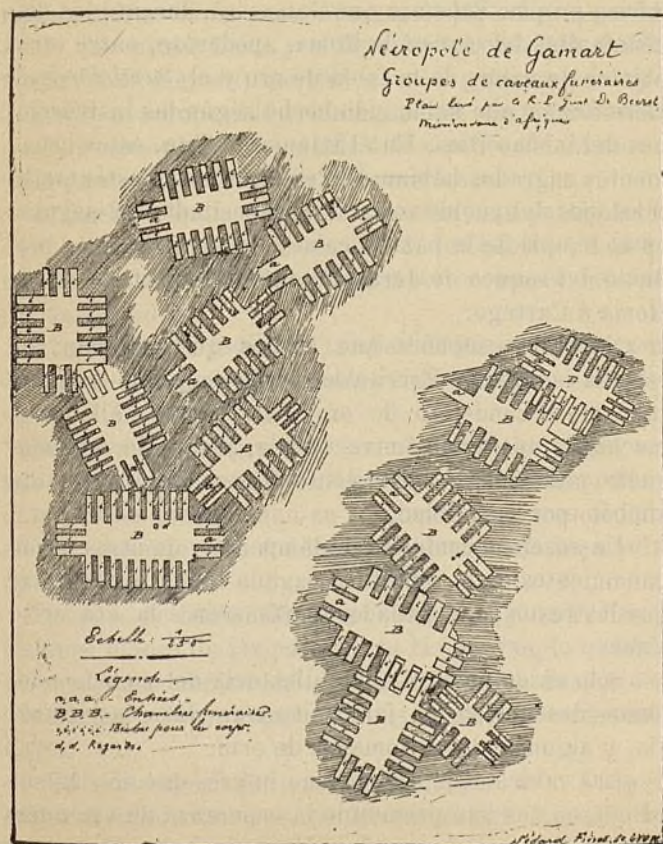
Además de esta ruína moderna hay en otra colina, por la parte de la árida llanura (punto J del plano), los restos de una construcción que parece haber sido un puesto militar. Desde este sitio extiéndese la vista hasta Puerto Farina, Utica, Túnez y Cartago. Es un excelente punto de observación, y creo fué ocupado por los españoles durante los años que siguieron á su conquista.

El suelo de las colinas está formado de una delgada capa de tierra cubriendo una costra calcárea. Apenas crecen allí, fuera de los olivos, almendros y algunos algarrobos, las plantas balsámicas propias de los terrenos pedregosos.

Parte de la montaña lleva también el nombre de Djebel-Khauí ó Montaña Hueca, á causa de las sepulturas subterráneas que contiene, y que los arqueólogos creyeron durante mucho tiempo que eran la necrópolis púnica de Cartago.

Las cámaras funerarias encuéntrase sobre todo en la cumbre de las colinas. Están abiertas en el calcareo blando que hállase debajo de la costra más dura de que acabo de hablar. Esta costra, de menos de un metro de espesor, sirve de plafón á los hipogeos. Salvo algunas excepciones, todas las tumbas de Gamart se parecen.

El lector podrá darse cuenta de la forma y disposición de estos hipogeos examinando los planos que acompañan á la presente noticia.



Necrópolis de Gamart

Indicada por primera vez, hace medio siglo, por Falbe, autor de las *Recherches sur l'emplacement de Carthage*, la necrópolis de Gamart fué mencionada luego por el Dr. Barth, luego excavada por el inglés Davis, y por los Sres. Beulé, de Sainte-Marie y de Herrison.

Conviene trasladar aquí las principales conclusiones emitidas por estos exploradores.

Falbe (1) ha reconocido apenas la existencia de la necrópolis. Dice simplemente haber hallado en Gamart vestigios de tumbas en una cantera de arcilla roja, y haber penetrado «por un agujero en un aposentito sepulcral cavado en la roca, en cuales paredes hay practicados huecos para depositar los cadáveres.»

Davis fué el primero en hacer excavaciones en Gamart. Siendo poco conocida su obra, publicada en inglés (2), me ha parecido interesante dar la traducción del pasaje que concierne á la necrópolis en cuestión. El arqueólogo inglés hace preceder su relato de reflexiones típicas que no he creído deber suprimir.

«Cuanto más escaso era el éxito de nuestros afanes, dice (3), con más ardor nos aplicábamos á nuestra obra. Nos esforzábamos á poner en práctica las saludables lecciones de paciencia y perseverancia que nos habían ya proporcionado más de un desengaño. A la verdad, no hay ocupación más propia para curar de raíz la impaciencia más nerviosa y febril que el trabajo de las excavaciones. Es también la mejor escuela en que se aprende con éxito la manera de concebir esperanzas al parecer bien fundadas, pero que no por eso dejan de verse defraudadas.

«Acercámonos, pues, gradualmente á la colina. Empezamos á excavar, y nos dijeron que los moradores del Djebel-Khauí propiamente dicho habían descubierto una cámara sin nichos. Fuí á examinarla, y me convencí de que en aquel columbario los nichos habían sido cerrados con cemento, pues se veían distintamente hasta las huellas de las manos del obrero. Sobre uno de aquellos nichos vimos una imagen del *candelero de siete brazos*, y sobre otro las letras A P: nada había en las ocho restantes. Quitada la débil capa de cemento, encontramos el esqueleto tal como había sido depositado. Tenía el color de café, y reducíase á polvo al menor contacto. Pero no se halló otro objeto alguno, ni ornamento, ni moneda, ni lámpara.

«Cerca de esta cámara encontramos otras que estaban vacías, y sólo una ó dos ocupadas todavía. Después de atento examen, vimos señales de que todas habían sido ocupadas *una vez*, y que el frágil cemento fué roto, y quitado el cadáver.

«Mas la cuestión es saber si debemos atribuir este despojo al hombre ó á la hiena.

«Aquellos que primitivamente agujerearon estas colinas para depositar en ellas sus muertos, sin duda protegieron estos lugares contra la voracidad de las bes-

(1) *Recherches sur l'emplacement de Carthage*, París, 1933, pág. 43.

(2) *Carthage ad her remains*.

(3) Davis, *Carthage ad her remains*, p. 485.



CARTAGO.—Gamart: Palacio árabe moderno en ruínas. (Pág. 282)

tias. La expoliación, pues, de la necrópolis de Gamart debe ser imputada al hombre.

«La vasta extensión de estas catacumbas revela que pertenecían á una gran ciudad, y tal era la de Cartago púnica, que contaba setecientos mil habitantes en la época de su destrucción. Mientras conservó esta ciudad su carácter fenicio, guardó la práctica de enterrar más bien que la de quemar los cuerpos, y tenía necesidad de vastos campos fúnebres: Cartago romana y pagana recurría á la lúgubre hoguera, y por consiguiente no tenía necesidad de tan espaciosa necrópolis subterránea. Además, la dimensión de los receptáculos de esas cuevas muestra que no estaban destinadas simplemente á contener una urna con las cenizas y los huesos calcinados, sino á encerrar el cuerpo todo entero. Roma pagana no tenía, pues, necesidad de ellas. El despojo tampoco estaba conforme con la política de Roma, y era opuesta á la coalición religiosa que se esforzaba por realizar en Africa. Por lo tanto, los estragos cometidos en tales catacumbas sólo se remontan á un período subsiguiente.

«Cuando el Cristianismo vino á ser la Religión del Africa Septentrional, la costumbre de enterrar (costumbre oriental y más antigua) se hizo universal. Los columbarios fueron rellenos, quitados los restos paganos, y los cuerpos de los cristianos puestos en su lugar.

«La señal que hemos hallado en uno de los nichos representa indudablemente el candelero de oro que

pertenecía al templo de Jerusalén. Esto dirige nuestra atención á un período de la ocupación vándala en el Africa propia. Sabemos que Genserico, durante los diecisiete días del saqueo de Roma, apoderóse, entre otros objetos de valor, de la tabla de oro y el *candelero de siete brazos* que había sido hecho según las instrucciones del mismo Dios. En el triunfo de Tito, estos ornamentos sagrados habían sido expuestos con ostentación á los ojos del pueblo romano, y depositados en seguida en el templo de la paz. Al cabo de cuatro siglos, el producto del saqueo de Jerusalén fué transportado desde Roma á Cartago.

«Natural es suponer que gentes que miraban con respeto las Santas Escrituras venerasen una reliquia tal como el candelero de oro... Lo hemos hallado en muchas lámparas de tierra cocida, y aquí lo tenemos en las catacumbas. Ciertamente no se adoptó semejante símbolo por casualidad.

«La ausencia completa de lámparas y de otros acompañamientos de la sepultura pagana tiende á confirmar que los restos aquí hallados pertenecen á la era cristiana.

«Sólo en un nicho á cierta distancia del mencionado, hemos descubierto un jarroncito y un vaso lacrimatorio, y algunos clavos tomados de orín.

«Las catacumbas, por mucho interés que se las suponga, no nos han prometido la esperanza de ver nuestros sudores recompensados. En todo caso, no parece probable se obtengan resultados que guarden propor-

ción con los gastos. Hemos debido contentarnos con saber que allí existen catacumbas, y *que abrazan una circunferencia de cuatro millas próximamente, que son de origen púnico, y que Cartago al ser cristiana, los utilizó para su uso.*»

El autor de las excavaciones añade en una nota:

«Lo que da á estas catacumbas un carácter oriental y púnico, es que hállanse en diversos puntos del Djebel-Khawi *agujeros redondos hechos en la roca*. Su objeto sería el de recoger el agua para refrescar el alma que creían revoloteaba sobre el lugar de la sepultura de su cuerpo. Esta superstición subsiste todavía, como puede verse en *los cementerios judíos en Oriente.*»

Beulé, el sabio que más ha estudiado y descrito la necrópolis de Gamart, dice en sus *Fouilles à Carthage*:

«Cuando visité el Djebel-Khawi estaba muy lejos de sospechar que bajo mis pies había un mundo subterráneo, comprendiendo *millares de aposentos sepulcrales y millones de tumbas*. Toda la montaña está minada; pero la tierra ha cubierto las escaleras, las puertas y los suspirales. Sólo al examinar atentamente la superficie del suelo descúbrense á trechos, entre matas de hinojo y acanto, una abertura por la que es posible deslizarse. Entonces péntrase en una salita rectangular en cuales paredes hay cavidades bastante profundas para que cupiera en ellas un cadáver. Por efecto del polvo, de las lluvias y de las filtraciones, las cuevas están poco menos que llenas de tierra, y tiene que andarse por ellas encorvado y á veces gateando.»

Beulé nota desde luego que la necrópolis estaba situada fuera de la vista de los cartagineses, y que desde la ciudad no podía verse ningún sepulcro. Las cámaras están abiertas en la parte opuesta de las colinas, por la parte que mira á Utica y el lago de Sukera. Aun desde el barrio de Megara, que era el más próximo á la necrópolis, era imposible ver ninguna de las sepulturas.

«Era necesario, dice, subir á la cumbre de la montaña para ver la ciudad de los muertos.»

A Beulé le llama mucho la atención esta particularidad, y la asimila á la costumbre de los hebreos, á quienes la ley prohibía inhumar los muertos en el recinto de las ciudades.

Atestigua que todas las tumbas de la necrópolis son subterráneas, y que inmutables ritos fijaron su disposición.

Observa que las prescripciones talmúdicas fueron seguidas en la anchura dada á los hipogeos, en la profundidad de los nichos y aun en su disposición, tres al fondo del aposento, uno á derecha y el otro á la izquierda de la puerta.

Después de hablar del estuco muy fino y duro, liso y siempre blanco de las paredes de las cuevas, lo que les recuerda con razón los sepulcros blanqueados, á los que Nuestro Señor comparaba los fariseos, Beulé concluye:

«En esta superficie tan favorable, en vano busqué pinturas é inscripciones: no se ve vestigio alguno de color: una vez noté algunos trozos rojos que parecen formar tres ó cuatro letras romanas. Un cartaginés

inexperto grabó en algún punto un objeto que parece una mano abierta, que se halla más marcada en los bajos relieves y las estelas. Quizá este signo estaba destinado á conjurar los malos genios (1).»

EL R. P. CERVERA Y LAS MISIONES ESPAÑOLAS DE MARRUECOS

EL 30 de Mayo, en el tren corto de las cinco y media, llegó á Cádiz, procedente de Jerez, el reverendo P. Cervera, electo prefecto de las Misiones católicas de España en Marruecos.

El P. Cervera, sucesor del R. P. Lerchundi en cargo de tal importancia, cuenta en la actualidad treinta y ocho años; nació en Valencia y es hijo de modestísimos padres.

En Noviembre de 1874 tomó el hábito de Religioso de la Orden de San Francisco en el Colegio de misioneros para Tierra Santa y Marruecos, establecido en Santiago, continuando la carrera eclesiástica con tal aprovechamiento y unción evangélica, que pocos años después se ordenaba de subdiácono y diácono, y más tarde, en fecha muy próxima, recibía las órdenes de sacerdote que le hubo de conferir en Gibraltar el actual Obispo de Lystra.

Por aquella época el P. Cervera pertenecía ya á las Misiones de Marruecos, para las que había sido destinado en 1880.

En el imperio de Mogreb ha estado más de diez años, ejerciendo cargos de importancia en las Misiones, entre otros, el de presidente de Tetuán, en cuya Casa-Misión fué profesor de árabe, revelándose como un notabilísimo conocedor de este idioma.

En 1890 fué nombrado para el cargo de secretario del Comisario de los Franciscanos de España en Madrid, puesto importantísimo que ejerció hasta Agosto del 93, en cuya fecha hubo de ser destinado, por hallarse delicado de salud, al referido Colegio de Misioneros de Santiago. Poco después nombrósele presidente del Colegio Seráfico de San Antonio, de Herbón (Santiago), especie de Seminario en el cual los jóvenes se ilustran en los conocimientos sacerdotales.

Desempeñando hace poco dicho cargo, le sorprendió al P. Cervera la noticia de haber sido presentado por el comisario de los Franciscanos á la *Propaganda Fide*, de Roma, para prefecto apostólico de las Misiones en Marruecos, cuya propuesta fué aceptada, aprobándola el Sumo Pontífice.

Antes de ponerse en camino para Tánger, el P. Cervera fué recibido también por el ministro de Estado señor Duque de Tetuán, Marqués de Comillas y otros personajes.

Goza fama grande el electo prefecto de ser un arabista eminente, y de conocedor y práctico en los asuntos de Marruecos. Como sacerdote, disfruta de notables prestigios y posee una educación vastísima.

En el terreno particular es amable, afectuoso y de carácter siempre dado á la dulzura más exquisita y á la más grande franqueza.

(1) *Fouilles à Carthage*, p. 139.

El P. Cervera llegó á Jerez, procedente del convento de Regla, en Chipiona, en el cual permaneció dos días.

Para recibirlo á su llegada á Cádiz llegó en el *Pielago* de Tánger, el secretario de los misioneros Padre Fr. José María Paisal, Religioso ilustradísimo que ha estado muchos años al lado del P. Cervera, con el cual le une una amistad grande.

Ambos salieron con dirección á Tánger en el vapor *Joaquín Pielago*.

ALBUM MALGACHE

EL FANDROANA

I

LOS PRELUDIOS

A dos leguas de Tananarive, cerca del pueblo de Imerimanjaka, hay un lago cuyas aguas se consideran sagradas desde el día que recibieron los restos de Rafoly, la primera reina de Imerina (1527).

Desde entonces acá el día primero de cada año los sucesores de Rafoly se bañan en el agua de Merimanjaka, para recobrar en ella la juventud y el vigor de su destino. En el baño tradicional el rey Ralambo imaginó, por los años 1587, añadir una comida en la que se sirviese carne de buey. Estos ritos fundamentales: un baño y una comida, constituían la esencia de la extraordinaria fiesta hova del Fandroana.

En otro tiempo se la celebraba el día primero del año malgache: siendo éste lunar, el Fandroana no concordaba con nuestro 1.º de Enero. Hoy, el 21 de Noviembre, aniversario del natalicio de la Reina, es la fecha constante del baño.

Un decreto real lo anuncia. Véase el de 1889:

«Atiende lo que voy á decirte, pobló: te has reunido, y no has faltado á mi llamamiento: convocado de día, vienes de día; convocado de noche, vienes de noche, y me tratas como me hubieran tratado Andrianampoinimerina, Radama, Ranavalomanjaka, Rascherina y Ranavalona (1). Os lo agradezo; ¡que Dios os proteja!

«Y ahora te reuno, oh pueblo, porque este año dentro de quince días, á partir de mañana viernes, será el aniversario de mi natalicio y de mi advenimiento. Llegado este día os bañaréis todos, y en el siguiente se matarán bueyes. El último día en que podrá matarse será lunes. El día del baño no podrá matarse ningún cuadrúpedo. Los últimos bueyes que se maten deberán consumirse el viernes, para que no se mezclen con los muertos el sábado: los que obren de otra manera serán culpables.»

Después de la promulgación de este decreto comienza la percepción de la ligera tasa impuesta á todo sujeto libre (siete céntimos).

Luego suspéndense todos los negocios, é inaugúrase la serie de visitas oficiales y particulares. Los esclavos presentan el tributo á sus amos, y los pueblos y provincias de Imerina á su Soberana. Estos tributos con-

sisten en frutas ó productos locales. Los esclavos que vienen de Tamatava á Tananarive dan naranjas á sus amos, y las aldeas del bosque presentan miel á la Reina. Organízase una caravana de porteadores de cestos, y á su frente se adelanta solamente un hombre con la lanza en alto, para indicar que el convoy se dirige á la Reina. Al momento todos abren calle humildemente y saludan. En tiempo de Ranavalona I tenía que hacerse lo mismo ante las vacas reales.

Por su parte la corte distribuye telas á los empleados de palacio. En todas las casas se renueva ó recompone el mobiliario, sobre todo las esteras. Los nómadas y los viajeros se restituyen al seno de sus familias. Así, por un entusiasmo progresivo se preparan para los regocijos de la fiesta solemne. El *zoma* (mercado) se ve concurrido, pues es preciso proveerse de carne para los días en que no se venderá. Un buey cuesta treinta pesetas; un pato ó un pavo, sesenta céntimos, y una gallina, de veinte á treinta céntimos.

Siendo la piastra ó pieza de cinco pesetas, la única moneda corriente en Madagascar, cada cual lleva un saco, á guisa de bolsa, conteniendo balanzas, *mizana*, y fragmentos de piastra. Una compra de cinco céntimos exige, por lo tanto, una operación minuciosa, que, como se comprende, no facilita la rapidez de las transacciones (1).

Mientras que en el *zoma* hombres y bestias llenan el aire de singulares armonías, una escena no menos rumorosa, pero más pintoresca, anima la plaza de Andohalo; es la distribución de los bueyes.

El Gobierno no se contenta con enviarlos á los grandes dignatarios y á los cónsules europeos, los da también á las principales corporaciones. Mas, después de haber designado á cada cual su bestia, los repartidores la abandonan. Esta, apenas suelta, se ve rodeada de multitud de galopines y esclavos que procuran apropiarse el regío presente.

Aturdido por los gritos, y deslumbrado por el brillante sol y los lambas de colores vivos, el buey toma muy á mal la inexplicable acogida que se le hace, y se abre camino á través de la multitud, repartiendo coces y cornadas á granel.

En las fiestas de los funerales, antes de matar á un buey improvisan corridas á su manera. Sus lambas blancos sirven de capas; los agitan sobre sus cabezas, y cuando el buey irritado emprende rápida carrera para atacarles, de un fuerte brinco le saltan al lomo, y procuran sostenerse en él. ¡Desdichado de aquel á quien el animal echa al suelo ó que saltó mal! Sólo se salvará de los terribles cuernos si un diestro amigo atrae el buey á otra parte.

A veces pasean por las calles del pueblo un buey atado por los cuernos y una de las patas traseras, y sujeto por ocho ó diez hombres. Llueven los golpes sobre la pobre bestia, que se revuelve furiosa. Los más atrevidos tratan de montar en sus lomos, mientras otros le cogen por los cuernos y procuran derribarle. Si lo con-

(1) Los malgaches tienen ocho pesos, y sus fragmentos de plata se prestan á cuarenta y cuatro combinaciones. En un pueblo del interior, extranjero ha habido que para comprar una gallina (veinte céntimos), tuvo que aguardar media hora á que se acabase de pesar su dinero.

(1) En todos sus decretos la Reina invoca á sus predecesores.

siguen, son saludados con una salva de aplausos, y si son arrollados redoblan los bravos. Por último, cuando el buey está fatigado, un matarife le da el golpe de gracia con una maza, y sin desollarlo lo descuartizan en el acto, y distribúyense sus carnes entre el pueblo.

Compacta multitud asiste al reparto de los bueyes. Los terrados de los alrededores hormiguean de lambas blancos y cabezas negras. Todos celebran con sus gritos los incidentes de la fiesta.

Pasado el tumulto, alegres grupos recorren las calles hasta el anochecer. Casi todos se presentan envueltos en sus bellos lambas multicolores. Las familias se visitan. En la entrada de las casas hay vasos con agua: cada cual se moja la punta de los dedos, que llevan á la cabeza diciendo:

—Las primicias, las primicias, ¡oh Dios Criador! ¡Ojalá lleguemos todos á mil años sin separarnos!

Declina por fin la tarde, y gracias al fenómeno crepuscular, la puesta del sol ofrece en esta ocasión un espectáculo maravilloso.

Del punto, en efecto, donde el sol ha desaparecido, parte un foco de luz que va á perderse en Oriente. Compónese de uno ó tres rayos azules con rosada franja de inimitables matices. Poco á poco los rayos vuelven hacia su centro, palidecen, relucen y desaparecen luego en pos del sol.

Entonces anochece con rapidez.

Media hora después de la puesta del sol se enciende una fogata roja en la galería más alta del palacio de la Reina. Todos los muchachos de Tananarive aguardan esta señal con una antorcha de hierbas secas en la mano, que encienden en el acto y corren agitándola, apareciendo instantáneamente en la llanura una línea de fuego. Todas las aldeas y caseríos, en un radio de sesenta kilómetros, brillan en la obscuridad de la noche. Los cañones de la capital hacen salva, y los muchachos gritan á voz en cuello. La zambra dura unos veinte minutos. Luego se apagan las luces, enmudecen las voces, y la calma, la calma profunda de las noches tropicales, sucede á la agitación y regocijo populares.

En esta estación, la estación de las primeras tempestades, la temperatura es poco más ó menos de dieciocho grados. En la colina de Ambohidempona embalsaman el aire los efluvios del apiastre, del *eucaliptus globulus* y de otras plantas aromáticas. El firmamento resplandece. Al Norte se ve la Osa Mayor; la Cruz del Sur brilla al Mediodía, y sobre todo Sirio centellea en el cénit. En el Oeste, por el sitio donde se ha puesto el sol, sube un inmenso cono luminoso: es la luz zodiacal. El silencio en la naturaleza es majestuoso é imponente.

CRÓNICA

Brasil.—El R. P. Ramón Genover, misionero hijo del Inmaculado Corazón de María, escribe desde San Pablo el 10 de Enero de 1896:

«Nuestra futura casa é iglesia va adelantando al paso que suelen ir obras de esta índole y que han de llevarse á cabo con los medios que depara la caridad. Parece que para Junio será un hecho la terminación completa del primer cuerpo de edificio, formada por el ala de casa que está á la izquierda de la iglesia, y

podrán los misioneros establecerse allá definitivamente, dejando la interinidad en que ahora están. El excelentísimo señor Obispo no deja piedra por mover con el fin de reunir fondos para la obra. El día 22 de Diciembre se inauguraron una serie de conferencias en la Catedral, que pueden llamarse científico-religiosas y que tienen este objeto. Es el conferenciante el muy ilustre señor arcediano del Cabildo Dr. Francisco de Paula Rodríguez, discípulo del P. Fr. Fermín de Centellas, capuchino catalán de quien se conservan aquí recuerdos imperecederos, por haber estado por muchos años al frente del Seminario ya como vicerrector, ya como profesor. El señor Arcediano es reputado como uno de los mejores oradores de San Pablo, y atrae todos los domingos un escogido y numeroso auditorio en torno de la sagrada cátedra. Al terminar el sermón, él mismo recorre la iglesia pidiendo y recogiendo limosnas. Los asuntos de las conferencias son de actualidad, y desarrollados con novedad y maestría. La Religión como un deber y una necesidad: La Religión y el positivismo: la Religión y la ciencia moderna: la Religión y la moral independiente: la Religión y la escuela sin Dios: el apostolado católico y las victorias de la Religión: tales son las conferencias, que en los domingos á las siete de la tarde viene dando á gusto de amigos y enemigos. Algún periódico, que no peca por cierto de piadoso, publica al día siguiente el extracto de la conferencia anterior. Podemos confiar que el Inmaculado Corazón de María se dignará recompensar lo que por Ella se hace con tanto celo.»

Noticias varias.—Acaba de construirse en Cartago una iglesia dedicada á Santa Mónica, madre de San Agustín, que se ha emplazado en el sitio donde la Santa despidió á su hijo al partir para Italia. La iglesia se ha abierto al público en la fiesta del 4 de Mayo, en que la Iglesia celebra la conmemoración de la incomparable esposa y madre cristiana.

—En la capital de Guatemala se ha inaugurado una magnífica estatua del insigne Fr. Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa y protector de la raza indígena. El monumento ha sido construído por subscripción entre los individuos de la colonia española. Al descender la señora del Presidente de la República el velo que cubría la estatua y que ostentaba los colores nacionales español y guatemalteco, las fuerzas militares presentaron las armas y todas las bandas ejecutaron el himno de Guatemala.

Leída el acta, por la que la colonia española cede en propiedad la estatua á la república de Guatemala, pronunciáronse discursos en cachiquel y en castellano, inspirados todos ellos por un sincero y entusiasta amor hacia la nación española.

—El nuevo general de los Capuchinos es el Rmo. P. Bernardo de Andermatt, suizo. La Orden cuenta hoy 10,491 individuos, de los que son sacerdotes 4,191. Italia es la que cuenta con más Religiosos. Toda la Orden tiene 53 provincias, con 622 conventos, y 223 estancias ó residencias de misioneros con 462 Religiosos. Además hay 34 escuelas seráficas con 900 alumnos. En Francia hay 42 conventos con 600 Religiosos.

—El domingo 17 de Mayo, y organizada por la Archicofradía de Nuestra Señora de la Merced, tuvo lugar en el populoso barrio de Westbourne (Londres) una procesión con la imagen de la Santísima Virgen, y con asistencia de unas 10,000 personas que iban rezando el Rosario, sin que por parte de la población protestante se cometiese la menor irreverencia.

—La población de Botogá está justamente entusiasmada con la plausible noticia de haberse encontrado un remedio contra la lepra, ese azote que agosta sin piedad las más bellas poblaciones de Colombia.

El eminente Dr. D. Juan de Dios Carrasquilla, que desde el mes de Julio del año pasado se había dedicado con verdadero entusiasmo al estudio de un tratamiento que resolviera el importante problema de la curación de la lepra, parece haber dado con él, como lo comprueban los satisfactorios resultados obtenidos en buen número de casos; de 15 á 20.

El procedimiento seguido por el referido doctor ha sido la apli-

cación de la *seroterapia*, que ha llevado á su ánimo la convicción más completa de su eficacia en la extirpación de la lepra.

El Gobierno, tomando viva parte en tan fausto descubrimiento, ha publicado un decreto creando el Instituto Carrasquilla y el Hospital de Leprosos, donde eminentes doctores se dedicarán á la aplicación del suero; y si los favorables resultados continúan, dichos benéficos establecimientos se multiplicarán por toda la república, para combatir la terrible enfermedad que la asola.

No podemos menos de dar gracias al cielo y de alegrarnos de tan importante descubrimiento, que hará renacer las esperanzas en tantos desgraciados, víctimas de tan terrible azote.

VARIEDADES

UN HOMBRE FIEL

EL observante capuchino valenciano, P. Luquet, estando en su juventud al servicio de un comerciante de París, pasó á Marruecos con un cargamento de géneros. El sultán, poco aprensivo en punto á justicia, llegó una mañana al bazar, donde, entre otros géneros, se hallaban los que había conducido Luquet, ricas telas de lana: detúvose delante del mostrador de éste, vió las telas, y le gustó una de ellas, extraordinariamente fina.

—¿Cuánto vale? preguntó.

Luquet dijo el precio fijo señalado por el dueño, y el sultán ofreció la mitad.

—No soy judío, dijo Luquet, para pedir el doble de lo que vale el género, ni puedo darlo por la mitad de su valor. Conmigo no se regatea, porque no pido más que el justo precio. Además, que no soy el propietario, sino el dependiente de mi amo.

—¿No sabes, perro cristiano, que soy el señor de tu vida?

—Sea enhorabuena; pero yo no he pedido demasiado, y como dependiente de mi señor, tengo el deber de cuidar de sus intereses, y no acordarme de mi persona. Esto es lo que haré, y no doy la tela un ardite más barata. Pero haced lo que queráis, que responsable sois ante el Altísimo.

Todos los comerciantes que le oyeron, temblaron por la vida de Luquet.

—Desgraciado, decían para sí; si mañana saboreas tu pipa, será porque la cabeza, separada del cuerpo, puede fumar.

Pero se habían engañado. El sultán miró furioso al joven, y dijo:

—Te doy de tiempo para pensarlo hasta mañana. Ya volveré.

Dicho esto, se marchó. Luquet retiró sus telas, y esperó al día siguiente.

Los comerciantes dijeron á una voz:

—Por Dios, dale la tela. Va á hacer que te corten la cabeza, y se perderán los intereses y hasta el buque de tu principal. Y ¿qué será también de nosotros?

—Me pongo en manos de Dios. Persisto en lo que he dicho. Si mi señor perdiese por mí la más pequeña moneda, sería yo un dependiente infiel.

Al día siguiente estaba Luquet tranquilo y sosegado en la tienda. Llegó el sultán, acompañado de un hombre envuelto en un manto de color rojo, y con una an-

cha espada en la mano. Se para delante de la tienda de Luquet, le dirige una mirada furiosa, y le dice:

—Perro cristiano, ¿has reflexionado?

—Sí, contestó Luquet; no os daré la tela un ardite más barata de lo que he pedido ayer. Si queréis mi vida, disponed de ella; pero quiero morir con la conciencia pura y como fiel servidor de mi principal.

Todos se quedaron sin aliento, pues el del manto rojo miró la hoja del alfanje é hizo un gesto horrible. Pero el rostro del sultán varió de aspecto, y apareció sereno y tranquilo.

—¡Por la barba del profeta, exclamó, que eres hombre de valor y honradez! No he tenido nunca tan fiel servidor, y quisiera encontrar alguno como tú.

En esto se volvió hacia su acompañamiento, diciendo:

—Tomad á este cristiano por modelo.

A Luquet le dijo:

—Dame la mano, serás mi amigo.

Después puso sobre la mesa una bolsa de oro, y dijo:

—Es exactamente, debes creerlo, lo que me has pedido. Quiero llevar vestidos de esta tela para recordar tu fidelidad.

A. ARAGÓN FERNÁNDEZ, *Pbro.*

NECROLOGÍA

EL ILMO. LEÓN MEURIN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
arzobispo de Puerto Luis

En Mayo de 1895 pasó á mejor vida este Prelado que, en su larga carrera apostólica primero en la India, y más tarde en la principal isla inglesa del Océano Indico, había dado pruebas de celo ardiente é ilustrado.

Nació en Berlín el 23 de Junio de 1825. Fué nombrado obispo titular de Ascalón y vicario apostólico de Bombay el 27 de Marzo de 1867. Después de haber gobernado durante veinticinco años esta gran Misión de la India Occidental, fué promovido el 20 de Septiembre de 1887 al arzobispado titular de Nisibe, y transferido, en Noviembre siguiente, á la Sede de Puerto Luis, vacante por dimisión del Ilmo. Scarisbrick. No debemos olvidar que, en su última pastoral de Cuaresma, el llorado difunto dirigió á su clero y á sus diocesanos un caluroso llamamiento en favor de nuestra Obra.

El Ilmo. Meurin, que había visto de cerca el mal que produce el espíritu de secta en las poblaciones cristianas, es autor de obras notables en las que desenmascara á los enemigos de Dios y de la Iglesia.

En la página 265 publicamos un retrato del ilustre Arzobispo, retrato hecho en la época del Concilio Vaticano.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

<i>Para las Misiones católicas más necesitadas</i>	
Gonzalo Caballero, de Bilbao.	20 ptas.
<i>Para las Misiones del R. P. Pablo Pellet, vicario apostólico de Benin (Africa Occidental)</i>	
Una señora devota de la Sagrada Familia, de Santiago de Galicia.	250 »
<i>Para las Misiones de Fernando Poo</i>	
Hilario García, párroco, de Villamesía.	3 »
<i>(Se continuará).</i>	

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.